

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

¿que paso con Guss Devening?

Kelltom McIntire





SS

SERVICIO SECRETO



KELLTOM McINTIRE

¿QUE PASO CON GUSS DEVENING?

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.030

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 12.592 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1970

© KELLTOM McINTIRE - 1970
sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMA OBRA DEL MISMO AUTOR PUBLICADA
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

CAPÍTULO PRIMERO

Era muy tarde ya y el laboratorio permanecía en silencio. Los mil pequeños rumores del gran edificio de la Universidad habían ido cesando lentamente.

Solo las ventanas correspondientes al laboratorio de profesores permanecían iluminadas levemente.

Las doce campanadas sonaron, atenuadas por la distancia, en algún viejo y distante reloj.

Guss Devening se quitó las gafas, dejándolas resbalar sobre los folios rellenos de fórmulas que había sobre la larga mesa de ensayos. Se frotó los ojos con las yemas de los dedos y suspiró, fatigado.

Pero unos segundos después volvió a calarse las gafas, se levantó de su asiento y sacó un tubo de ensayo, encerrado en una vitrina-autoclave.

Lo llevó hasta la lámpara y observó el cultivo al trasluz. Una exclamación de regocijo se escapó de sus labios. Restituyó el tubo a la vitrina y volvió a su mesa, tomando el lápiz con redoblado entusiasmo.

Durante mucho tiempo el lápiz se movió sobre los folios, desarrollando las intrincadas fórmulas algebraicas. Guss Devening no parecía percibir el paso del tiempo, ni el cansancio de su mente portentosa.

Desde que seis meses antes fue nombrado adjunto a la cátedra de Biología y Bioquímica, Devening había conseguido cierta fama de trabajador incansable, de investigador nato.

En la planta baja, Frazee Smith, el vigilante nocturno, se preguntaba, impaciente, cuándo se decidiría a bajar míster Devening. Por la sencilla razón de que Smith debería cerrar la gran puerta del *hall* después de haberse marchado el adjunto.

Y Frazee se sentía vencido por el sueño. No cesaba de dar cabezadas, adormecido por el delicioso calorcillo que emanaba del radiador instalado en su cabina.

El hombre que aguardaba en el *campus* espío a través de los cristales, y solo se decidió a entrar cuando los ronquidos de Frazee Smith le indicaron que su entrada no sería advertida.

Se deslizó a través del *hall* como una sombra y sus pasos le llevaron, por la fuerza de la costumbre, a la puerta del ascensor. Afortunadamente para él, detuvo el brazo en alto cuando ya tiraba de la plancha metálica, porque el rumor del ascensor hubiera despertado,

indudablemente, al dormilón Fraise.

Le molestaba utilizar la escalera, porque el laboratorio de profesores estaba en la planta séptima, pero la más elemental prudencia le aconsejaba evitar el menor rumor.

Tardó bastante en subir. No era joven y su respiración se tornó fatigosa más allá de la tercera planta.

Descansó un minuto largo, mientras pensaba la disculpa que pondría a Guss Devening para justificar su presencia en el laboratorio a horas tan desacostumbradas.

Sentía deseos de toser, pero se contuvo apretándose el pañuelo contra los labios. Y aquello le dio la idea: diría a Devening que se había constipado.

Sí, aquella sería una buena disculpa.

Se puso en marcha, abandonando las precauciones a medida que iba ascendiendo.

Llegó a la séptima planta y cruzó el amplio pasillo en dirección a la puerta que exhibía el rótulo de «Teachers Laboratory».

Accionó el picaporte y entró.

El laboratorio se encontraba en penumbra. Al fondo se encontraba Guss Devening, inclinado sobre la mesa de ensayo.

Forzó una tos seca, nerviosa, para llamar su atención.

Devening se volvió, sobresaltado, y sus lentes estuvieron a punto de caer.

—¿Qué diab...? Ah, es usted, profesor. ¿Olvidó algo acaso? —la pregunta era cortés, pero encerraba un disimulado tono de enfado. Guss escondió más que aprisa las fórmulas que había sobre la mesa, cubriéndolas con los libros de consulta que encontró a mano.

—No tiene que esconderlo, mi querido Devening —volvió a toser, sin esfuerzo, porque sus bronquios padecían una inflamación crónica, debida a los cigarrillos—. Estoy al tanto de sus investigaciones.

Guss Devening se puso violentamente en pie, y su cara de rasgos vulgares tenía un aire de desconcierto mayúsculo.

—Ha dicho que está al tanto de mis investigaciones, profesor. ¿Cómo ha logrado saberlo, si no le importa explicármelo?

—Je, je... Es fácil, mi querido amigo, para el observador no profano. Tantas noches en vela, trabajando sin descanso, esas ojeras profundas, su desmesurado interés por la técnica de los cultivos...

Parpadeó, perplejo, Devening y se acercó al profesor. Le aventajaba en estatura y en juventud, sin duda, pero el otro poseía la facultad de desconcertarle.

—¿A qué ha subido al laboratorio, profesor? —el tono era francamente desconfiado ya.

—Oh, no le molestaré, Guss. Padezco un constipado terrible y ya sabe que no me fío de los médicos. De modo que recordé que el profesor Smallmind tenía vitamina «C» en el botiquín y le he dicho a Fraze que me dejase pasar para ponerme una inyección. La tos me impedía dormir, así que me decidí a venir aquí. Siento haberle molestado, Guss.

Devening le vio alejarse al fondo del laboratorio, donde el profesor Smallmind había instalado su completo botiquín. Carraspeó, pensando que quizá se había portado excesivamente duro con el viejo profesor.

—No tiene importancia. Solo que su llegada interrumpió la ecuación que estaba solucionando. Discúlpeme.

—No interrumpa su trabajo, Guss. Siento simpatía hacia los jóvenes investigadores como usted, que desprecian las diversiones mundanas para consumir su tiempo libre en un laboratorio. ¡Siga, siga, no le molestaré!

Guss simuló continuar su trabajo, garabateando signos sin sentido sobre un folio. Se encontraba nervioso y descentrado.

Escuchó los pasos del otro muy cercanos, y se giró en el asiento. El profesor tenía una jeringuilla hipodérmica en la mano. Vacía.

—Sí, muchacho —aseguró, interrumpiéndose con una tosecilla fingida—. Sé muy bien que has descubierto algo importante, algo muy importante.

Devening se rebulló, incómodo, sobre su asiento cuando el profesor se situó a su espalda, curioseando con su mirada miope las notas que había sobre la mesa.

—No tienes que mostrarte modesto conmigo Guss. Ni tratar de engañarme, escondiendo tus fórmulas bajo esos libros. Sé que has estado especializándote en bacteriología, calladamente.

Guss fue a alzarse sobre el sillón giratorio, vivamente sorprendido... Pero el profesor le tranquilizó con unas amistosas palmadas en la espalda.

—¿Qué? Conseguiste aislar ese virus, ¿verdad, Guss? Eres un genio, muchacho, créelo. Y ese descubrimiento tuyo vale mucho. Quizá millones de dólares, aunque tú no lo creas.

Guss le miró, desasosegado: los ojos del profesor brillaban extrañamente tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Pero... pero... ¡usted ha estado espíandome, profesor!

Comenzaba a alarmarse después de observar aquella expresión en el rostro del profesor.

—¿Espíandote? No lo creas, Guss. Para un hombre como yo, muchas cosas se ofrecen diáfanas, como el vidrio de ese tubo de ensayo que guardas en la vitrina. ¿Cómo has bautizado al hidro-virus, Guss?

Lo difícil era encontrar el líquido sobre el que se propaga en progresión alucinante. No, no lo niegues, Guss. Estoy seguro de lo que digo.

Devening inclinó la cabeza, desesperado. Ya no le cabía la menor duda acerca del motivo que había traído al profesor aquella noche.

Reflexionó un instante, la cabeza entre las manos, mientras el profesor manoseaba las notas sin el menor respeto.

—¡No lo toque, no toque eso, profesor! Es el resultado de mi trabajo, ¿comprende? Y nadie tiene derecho...

El profesor había metido su mano derecha en el amplio bolsillo de la gabardina. Y la sacó empuñando un vulgar trozo de tubería de plomo.

No dejó seguir hablando a Guss. La tubería golpeó contundentemente el occipucio del adjunto, que se derrumbó sobre el brillante piso del laboratorio.

Su cabello se tiñó de sangre, pero aquello no pareció intimidar demasiado a su agresor, que revolvió aprisa las notas que Devening había ocultado bajo los libros.

Sus ojos miopes repasaron aquellas operaciones durante varios minutos. Luego dobló cuidadosamente los folios y se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Envolvió en un papel el tubo manchado de sangre y se lo guardó, igualmente.

Se inclinó sobre Guss Devening, temiendo haberle golpeado demasiado fuerte. No había cuidado, el pulso continuaba latiendo, aunque irregularmente.

Quedaba por hacer la tarea más peligrosa: sacar el desvanecido cuerpo de Guss fuera de la Universidad. Un distante reloj desgranó dos lentas campanadas.

Se decidió. Con leves toques nerviosos, el profesor ordenó los libros, los cuadernos y las notas de Devening, sobre la mesa. Todo debía aparecer en orden para no suscitar sospechas.

Se puso en marcha, arrastrando a Devening por las axilas. Fue un trabajo agotador, de forma que cuando llegó a la planta baja se encontraba exhausto, casi asfixiado.

Tardó un minuto largo en recuperar la respiración. Entonces avanzó unos pasos en dirección a la cabina del vigilante. Frazé continuaba roncando, profundamente dormido.

Un instante después, el profesor cruzaba el *hall*, arrastrando el cuerpo de Guss Devening hasta la entrada. A partir de allí, todo fue más fácil. El *campus* aparecía desierto, escasamente iluminado.

—¡Maldita bronquitis! —murmuró, sofocando la tos que subía a su garganta. La noche era fría y la tos, ahora verdadera, le ahogaba.

Abrió la portezuela del «Buick-Wildcat» aparcado en la sombra, y

tosió hasta congestionarse. Luego abrió la puerta trasera y dejó caer el cuerpo de Devening sobre la esterilla de caucho, delante del asiento posterior. Cerró suavemente y tomó asiento tras el volante.

Acababa de accionar la puesta en marcha, cuando escuchó el gemido que provenía de atrás. Guss estaba volviendo en sí.

Con una sangre fría espeluznante, el profesor paró el motor, encendió la luz interior y golpeó la cabeza de Devening varias veces, hasta convencerse de que no volvería a despertarse fácilmente.

Volvió a arrancar el motor y segundos después rodaba a gran velocidad hacia el centro de la ciudad.

CAPÍTULO II

Evans estaba abstraído mirando las lindas pantorrillas de *miss* Nayton, la mecanógrafa, subida sobre una silla, colocando unos legajos en el archivo.

Miss Nayton estaba empinada sobre las punteras de sus zapatos y aquella postura permitía a Evans admirarla desde la cabeza a los pies. Y hay que reconocer que *miss* Nayton tenía muchas cosas que admirar.

De pronto, el zumbido del interfono le arrancó de su agradable pasatiempo. Oprimió un botón y la áspera voz de míster John Paryat se escuchó con claridad:

—Tráigame las fichas de todos los agentes adjuntos a la División, Evans, No las envíe con *miss* Nayton. Venga usted personalmente.

—Enseguida, señor —esto fue lo que dijo Evans en voz alta, aunque interiormente estaba maldiciendo al Gruñón por haberle privado del sencillo placer de admirar los atractivos de *miss* Nayton, que había bajado ya de la silla y le miraba a través de aquellos lentes que la afeaban.

Se puso en pie y buscó una llave en el cajón de su mesa. El fichero de agentes se guardaba en el armario metálico situado tras la mesa. Lo sacó, seleccionó algunas fichas, que dejó sobre la mesa, y volvió a guardarlo, cerrando con llave.

—Voy abajo, *miss* Nayton. Espero que el Gruñón no me distraiga demasiado tiempo.

Ignoró el mohín que la pelirroja le dirigía y salió al pasillo, al final del cual se encontraba el ascensor automático.

Unos segundos más tarde golpeaba suavemente con los nudillos la puerta del despacho del inspector Paryat.

—Pase, Evans.

Míster John Paryat ocupaba un espacioso despacho, decorado sencillamente, pero con innegable gusto. La amplia mesa de despacho estaba situada junto al ancho ventanal desde el que se dominaba una bonita vista del Charlestown Bridge.

—Buenos días, míster Paryat. Aquí tiene las fichas que me ha pedido.

Míster Paryat casi se las arrancó con brusquedad de las manos, sin contestar al saludo.

Paryat era un hombre de unos cincuenta y ocho años, de mediana estatura y cabellos grises. Vestía con desaliño y usaba unos anacrónicos

lentes de pinza que cabalgaban siempre a mitad de la aquilina nariz. Sus cabellos grisáceos estaban peinados hacia adelante, disimulando la amplia y despejada frente.

Un eterno gesto, mitad malhumorado, mitad belicoso, daba personalidad a su rostro y sus ademanes eran nerviosos y rápidos. Sus modales, carentes de amabilidad, habían sido la causa de que todos los empleados de la División le llamasen Gruñón.

Evans respingó, sobresaltado, cuando el Gruñón clavó en él sus ojos sagaces e inclementes y preguntó de sopetón:

—Dígame, Evans, ¿cuál de ellos le parece más guapo?

Le mostraba las cartulinas que él mismo había traído y aguardaba su respuesta, impaciente.

Evans tragó saliva, apurado, pestañeó y se aclaró la garganta, carraspeando repetidamente.

—Disculpe, señor... No comprendo.

—Está bien claro: le he preguntado cuál de esos hombres le parece más guapo.

¡Maldito Gruñón! Tenía la facultad de poner nervioso al más templado de sus colaboradores. Y Larry Evans no era precisamente un tipo reposado.

Fue pasando las fichas, una por una, y sus dedos temblaron más de lo aconsejable.

Finalmente seleccionó una cartulina y la mostró a Paryat, indeciso y tartajeante.

—Quizá... Estoy pensando... Bueno, señor, creo que quizá Vernom Peters...

—A ver... ¡Déjeme esa ficha! Hummm... ¿Usted cree? Sí, es posible. De acuerdo, avise a Vernom Peters. Quiero verle en mi despacho dentro de media hora.

Larry Evans volvió a carraspear y se atrevió a decir:

—Perdone, míster Paryat, pero eso no es posible. Vernom Peters está adscrito al servicio del senador Clarence. Usted mismo...

El furioso puñetazo sobre la mesa desconcertó a Evans, que palideció a causa del sobresalto. Pero los ojos intensamente azules del Gruñón relampaguearon cuando exclamó:

—¡No hace otra cosa que ponerme trabas, Evans...! Quiero a Vernom Peters aquí, en este despacho. Lo demás no me importa. Destine a otro agente al domicilio del senador, haga lo que sea, pero... ¡necesito a Peters dentro de media hora!

Evans se separó de la mesa, murmurando:

—Bien, señor... Se hará como usted ha ordenado.

Ya empujaba la puerta para salir, cuando la voz de míster Paryat le

inmovilizó:

—Evans...

Volvió junto a la mesa, como colegial cogido en falta.

Llévese esas fichas. Deje solamente la de Vernom Peters.

—Sí... sí, señor.

★ ★ ★

Era auténticamente guapo, pensó Evans mirando al hombre que aguardaba ante su mesa.

Bastaba ver la expresión de *miss* Nayton, inclinada sobre su mesa, anhelante, con aquel gesto de arrobo, sin perder de vista a Vernom Peters.

Peters vestía un elegante traje de sport, perfectamente cortado, que acentuaba su estatura. La corbata y la camisa habían sido escogidas con gusto, de forma que armonizaran con el traje.

Por otra parte, Vernom poseía un cabello crespo y fuerte, liso, bien peinado que enmarcaba una cara de rasgos fuertes y atractivos. Los ojos grises y aquella sonrisa apenas esbozada que siempre lucía le convertían en un hombre sumamente atractivo.

—¿Y bien, míster Evans?

Evans dejó de mirarle. Se puso en pie e invitó al agente especial:

—Venga conmigo, Peters. El Gr... es decir míster Paryat desea verle.

El Gruñón parpadeó, asombrado, y dejó resbalar su mirada lentamente, escrutando sin discreción a Vernom Peters de los pies a la cabeza.

Finalmente pareció satisfecho y volvió a consultar la ficha que tenía sobre la mesa.

—Esta foto es una porquería, Ocúpese de que sea remplazada por una más reciente. He observado que el original es bastante mejor que la foto.

Peters asistía desconcertado a la escena. Tenía una vaga idea de que se estaba hablando de él, por ello se atrevió a comentar:

—No le entiendo, míster Paryat. ¿Decía...?

—No es necesario que entienda nada, por ahora. Evans, puede usted marcharse, ¿o piensa permanecer ahí de pie toda la mañana?

Evans se retiró, la cara arrebolada y maldiciendo *in mente* al Gruñón.

—Siéntese, Peters. ¿Un cigarro?

—Gracias, señor. Solo fumo cigarrillos.

Paryat mordisqueó el grueso habano, lo encendió y aspiró el humo

con delectación.

—Tengo entendido que estaba usted prestando un servicio especial junto al senador Clarence.

—Exactamente, señor. Precisamente me estaba preguntando por qué razón he sido relevado sin motivo.

Paryat se recostó en su sillón y lanzó al aire una espesa bocanada de humo azul.

—Olvídelo, Peters. Ha de hacerse cargo de un asunto más importante. Observe con atención esta fotografía.

Vernom Peters la tomó entre sus dedos y miró, interesado, la bonita figura de la muchacha que aparecía en la cartulina.

La foto había sido hecha junto a la playa y la muchacha que en ella aparecía exhibía una anatomía mareante. Vestía un escueto bikini que permitía admirar una proporción interesante de su morena epidermis.

—Guapa chica, señor. ¿Quién es?

—Se llama Dina Devening, tiene veintidós años y una larga experiencia en asuntos de espionaje.

—¿Una espía, señor?

—Puede llamársele así sin temor a equivocarse. Dina Devening posee una antigua mansión en Plymouth, junto a la costa. Alquila habitaciones a determinadas personas y, oficialmente, se dedica a dar clases de esquí acuático. En realidad, esa cualidad suya, la de profesora de esquí, oculta su verdadero ocupación: la de actuar como intermediaria de diversos agentes extranjeros.

Vernom Peters no pudo evitar la exclamación.

—¡Caray! míster Paryat, cualquiera lo diría... Una muchachita con carita de ángel, esa es la impresión que produce.

El Gruñón le miró con insistencia antes de comentar suavemente:

—Es muy peligrosa, Peters, diabólicamente peligrosa. Uno de nuestros agentes murió en extrañas circunstancias cuando realizaba una investigación en los alrededores de Plymouth. Sin embargo, Dina Devening es una mujer fácilmente enamoradiza, al parecer. Por eso le he llamado a usted.

Vernom respingó en su asiento y murmuró desconcertado:

—No comprendo, míster Paryat, qué diab...

—Mejore su vocabulario, Peters. Tendrá que codearse con gente refinada y elegante. Escuche, le he elegido para esta misión porque es usted el tipo del que Dina Devening suele enamorarse, ¿comprende?

La respuesta no entrañaba dificultades.

—En absoluto, señor.

El Gruñón comenzaba a enfurruñarse, pero lo disimuló mordiendo su cigarro apretadamente.

—Está claro: quiero que atrape a esa mujer, que descubra sus manejos, y para ello tendrá que ganarse su confianza... enamorarla...

Vernom sintió que su cara adquiría una temperatura elevada y sus labios murmuraron incoherentemente:

—Perdón, señor... Nunca... Se lo aseguro, jamás se me encargó una misión semejante... El FBI...

—Pues bien, Peters, esta será la primera vez. A partir de ahora su misión consistirá en conseguir la confianza de Dina Devening, recuérdelo. Adquiera ropa apropiada, todo cuanto necesita, Peters. Quiero que parezca un perfecto *play-boy*, un tipo descocado y elegante. Naturalmente tendrá que aprender esquí acuático. Me informará regularmente y me tendrá al tanto de las idas y venidas de *miss* Devening. ¿Alguna pregunta, Peters?

Vernom se puso en pie, consternado y confuso. Pero aún se atrevió a responder:

—Sí, señor. ¿No tiene para mí otra misión diferente?

Ya sabe, Extremo Oriente, Vietnam, Rusia, Alaska...

El puñetazo que el Gruñón asestó sobre la mesa le convenció sin palabras de que no existía tal esperanza.

CAPÍTULO III

Llevaba varias horas siguiéndola a todas partes, tratando de encontrar el mejor momento para abordarla.

Dina Devening había pasado la tarde visitando tiendas, haciendo compras sin descanso. Y el montón de paquetes que transportaba era a cada nueva visita más considerable.

A bordo del «Mustang» descapotable que conducía, Vernom Peters se veía en dificultades para seguirla a prudente distancia, porque ella marchaba a pie.

Si en bikini Dina era un portento, vestida con la escasa minifalda color butano no era menos atractiva.

Poseía el arte del buen andar, que se demostraba con aquel ligero balanceo que imprimía a sus caderas al desplazarse. Ni grosero ni rígido, y el resultado era que los ojos de los hombres con los que se cruzaban volvían la mirada hasta que ella se perdía de vista.

Era preciosa Dina Devening, justo era reconocerlo. Una carita de rasgos ingenuos, casi de niña, unos ojos verdes, fosforescentes, grandes y rasgados, que parecían encerrar una promesa latente. Y un cuerpo sinuoso, de mujer hecha, palpitante de ansias de vida.

Vernom hubo de frenar tras de un taxi amarillo cuando Dina desapareció a la entrada del grandioso edificio de aluminio y vidrio de los almacenes Wolworth.

A través del cristal pudo verla hablando con un dependiente, que un momento después exhibía un auténtico brazado de miniprendas ante ella. Dina denegó gráficamente y el hombre volvió con otros vestidos, hasta que ella pareció satisfecha, tras examinar detenidamente las prendas.

Vernom la vio pasar por caja y recoger un paquete de grandes proporciones que vino a sumarse a la pila que transportaba. «Demasiado carga para la muchacha», pensó Vernom, y le pareció que aquel podía ser un buen motivo para establecer contacto con Dina Devening.

Se haría el enconradizo y se ofrecería para ayudarla a transportar todos aquellos paquetes en su coche.

Estaba empujando la puerta del descapotable para apearse, cuando le distrajo el estridente chirrido del «Cadillac» que acababa de frenar peligrosamente ante los almacenes Wolworth.

Del «Cadillac» se apearon rápidamente dos hombres. Altos,

elegantemente vestidos, ágiles, con gafas oscuras, parecían dos caballeros.

Pero Vernom comenzó a alarmarse cuando uno de ellos agarró a Dina de un empujón, haciendo que la pila de paquetes rodase por el suelo a los pies de la muchacha.

Entre los dos caballeros tomaron en volandas a la muchacha y la introdujeron en el «Cadillac» en menos tiempo del que se tarda en relatarlo.

O Vernom Peters el suceso le pilló a medio camino entre su coche y el de los asaltantes. Corrió con largas zancadas hacia el «Cadillac», pero el automóvil arrancaba ya, acelerando estruendosamente. Las ruedas patinaron sobre el asfalto y el coche estuvo a punto de estrellarse sobre un poste de aparcamiento automático. Atravesó como un bólido la calzada y se perdió en medio del tráfico denso que discurría por la calle.

Vernom saltó por encima de la portezuela, ignorando las miradas que le dirigían los transeúntes.

El motor del «Mustang» rugió cuando Vernom pisó el acelerador a fondo emprendiendo la persecución de los raptos.

Con los músculos faciales contraídos, Vernom esquivó a un taxi que estaba adelantándole por la izquierda, rebasó a una furgoneta y cruzó ante el disco rojo de un semáforo sin prestar demasiada atención a los pitidos estridentes con que trataba de detenerle un guardia de tráfico.

Al fin pudo comprobar que el «Cadillac» marchaba a gran velocidad, cincuenta yardas delante de él.

Estaban dejando atrás el centro de la ciudad y rodaban por una pista de circunvalación. La circunvalación se tornó menos espesa y Vernom pudo levantar el pie del acelerador, sin distanciarse del «Cadillac».

Estaban acercándose al puerto, dedujo Vernom a la vista de los tinglados de Inner Harbor. Se había hecho de noche y el agente especial dio la luz larga, retrasándose ligeramente para que el reflejo de los focos no alarmase a los raptos.

El «Cadillac» torció a la izquierda sin aminorar la marcha, y los neumáticos chirriaron al tomar la curva, casi rozando los postes metálicos de los *docks*.

Frenó muy cerca del muelle, tras un montón de fardos, a cien yardas del «Cadillac». Se apeó de un limpio salto y corrió cuando pudo, mientras su mano derecha volaba a la funda sobaquera. La imponente «Parabellum» de reglamento apareció en su mano.

No llegó a tiempo, sin embargo.

A la luz del foco de vapor de mercurio de un poste, pudo ver cómo los dos raptos bajaban del «Cadillac», empujando a la muchacha fuera del coche.

De pronto, Vernom se dio cuenta de que la pistola firmemente empuñada en su diestra no concordaba para nada con su vestimenta de *playboy*. La enfundó aprisa, y siguió trotando a buena marcha.

Justo en el momento en que uno de aquellos tipos golpeaba en la cabeza a Dina Devening, al tiempo que la recogía en sus brazos, para arrastrarla a continuación hasta el borde del muelle.

—¡Esperen...! —gritó con todas sus fuerzas. Y de sobras sabía que su grito detendría a los raptos, pero también les apercibiría de su presencia.

Aquellos dos hombres se detuvieron cuando ya iban a arrojar el cuerpo exánime de la mujer al agua. Pero uno de ellos deslizó su mano súbitamente al interior de la elegante americana.

Vernom saltó sobre él, sin temor a mancharse el bonito pantalón blanco que vestía. El tipo se derrumbó sobre los adoquines, arrastrándole en su caída.

—¡Puerco entrometido...! —masculló, entre dientes. Y aquello le perdió porque se distrajo. Y Vernom estaba recordando los consejos de Matt Gregory, el viejo atleta profesor de karate: «Justo en la nuez, Vernom, si te conviene deshacerte de un enemigo».

Vernom estaba cabalgando sobre el pecho de su enemigo, sujetándole los brazos mediante la hábil vuelta de la chaqueta. Le atizó con el canto de la mano rígido y el otro puso los ojos en blanco, se atragantó, suspiró y sus manos dejaron de presionar en los brazos del agente especial.

Con un suspiro de alivio, Vernom comenzaba a incorporarse, respirando afanosamente, cuando el impacto de las ciento noventa libras de peso que recibió sobre la espalda volvió a dejarle sin respiración.

El segundo de los raptos había abandonado el cuerpo de la muchacha y se había lanzado sobre él, con la inocente intención de aplastarle las costillas.

No podía moverse. El hombre que cabalgaba sobre su espalda sabía lo que hacía cuando pasó una mano sobre su frente y tiró violentamente hacia atrás. El mazazo que Vernom recibió, a continuación, en la nuca acabó con su resistencia.

—¡Aprisa, Martenski! Hemos de escapar antes de que alguien llame a la policía.

Vernom comenzó a incorporarse sobre un codo, sintiendo en su cerebro una turbulencia atroz. A través de sus ojos semientornados por el atontamiento que le embargaba, pudo ver cómo uno de aquellos hombres arrastraba al otro hasta el coche estacionado a unas yardas.

Para regresar al cabo de unos instantes junto a la farola. La

muchacha no se movía, parecía muerta. Pero aquel tipo empujó su cuerpo con la puntera del zapato hasta que resbaló y cayó al vacío.

Sacudiendo la cabeza, Vernom trató de ponerse en pie. ¡Dios, qué difícil era conservar la posición vertical cuando a uno le han aporreado a placer!

Lo consiguió cuando el petardeo del tubo de escape de un automóvil le anunciaba que los raptos habían preferido desaparecer.

Tambaleándose, Vernom se aproximó al borde del muelle, agarrándose a la farola. Miró hacia abajo, hacia aquel vacío insondable en el que solo podía distinguirse el pálido reflejo de las sucias y oleaginosas aguas del puerto.

No lo pensó mucho: la muchacha debía estar ahogándose y no dudó en lanzarse de un salto a la fría y confusa oscuridad. Tan precipitadamente lo hizo, que su cuerpo dio la vuelta en el aire y el impacto contra la superficie del agua lo recibió en el abdomen.

Durante unos segundos se debatió en las sucias aguas, hasta lograr volver a la superficie. Respiró con trabajo y miró a su alrededor.

—Diablos, ¿dónde estará esa muchacha? —murmuré entre dientes, y sus mandíbulas castañetearon sonoramente. No veía nada, el menor movimiento sobre el espacio que abarcaban sus ojos.

Conteniendo la sensación de repugnancia que las hediondas aguas le producían, Vernom se sumergió profundamente, buscando el cuerpo de la muchacha. Emergió al cabo de unos instantes y volvió a su tarea con decisión.

La potente luz de la farola solo alcanzaba a iluminar vagamente a la profundidad de tres yardas. De allí en adelante, las tinieblas espesas le impedían completamente la visión.

A pesar de ello, Vernom continuó buceando todavía durante diez minutos, sintiendo un intenso escozor en los ojos.

Volvió a la superficie, chasqueado y confuso. Había de rendirse a la evidencia. Dina Devening había perecido ahogada y su cuerpo yacía ahora en lo más hondo de aquellas repugnantes aguas, sobre las que vertían todas las cloacas de la ciudad.

Comenzaba a entonar mentalmente un *réquiem* por Dina Devening, cuando llegó a sus oídos la burlona carcajada. Y un momento después la sarcástica pregunta:

—¿Se le ha perdido algo en el agua, señor?

Dina Devening estaba a mitad de la escalera de piedra que descendía desde el muelle hasta el agua y le miraba, sonriente. Sus ropas estaban empapadas, chorreando todavía.

Afortunadamente, Vernom se hundió en aquel momento y las aguas le impidieron pronunciar las palabrotas que estaban aflorando a sus

labios.

—Vamos, acérquese aquí —Dina había vuelto a descender los resbaladizos peldaños y le ofrecía su mano—. Va a resfriarse si continúa en el agua.

Vernom no se encontraba cansado, a pesar de las prolongadas inmersiones en busca del cuerpo de la muchacha que le miraba, ahora, sonriendo, divertida. Nadó con poderosa brazada hasta ella y sus pies descalzos tocaron los escalones bajo el agua.

—Es usted una personita encantadora —murmuró. Y el agua que resbalaba desde su cabello le impidió hablar momentáneamente.

—Nadie me había piropeado en una situación semejante —dijo ella, y dos atractivos hoyuelos se marcaron en las comisuras de los labios al sonreír.

—Repito que es usted encantadora. Ríe desenfadadamente, mientras yo me expongo a pillar una pulmonía buscándola bajo las aguas.

—Soy profesora de esquí acuático, señor...

—Peters, Vernom Peters. Un loco que se mete donde nadie le llama. Estaba dando una vuelta por los alrededores, cuando sorprendí a esos dos tipos maltratándola. Golpeé a uno, dejándolo fuera de combate, pero el otro saltó sobre mí y me puso *groggy*. Uno de ellos la arrojó al agua. Usted estaba sin conocimiento y temí que pereciera ahogada.

La sonrisa se hizo más amplia en los labios jugosos de Dina Devening y Vernom se sintió acariciado por aquellos ojos grandes y luminosos en los que brillaba una chispita humorística.

—Se lo agradezco de veras, señor Peters. Como le estaba diciendo, soy profesora de esquí náutico y, por consiguiente, buena nadadora. El agua está fría y me hizo reaccionar. Eso es todo.

—Si lo hubiera sabido, la hubiera esperado arriba, créalo. El baño no ha sido muy agradable.

Vernom se estaba retorciendo los bajos del elegante pantalón blanco que vestía y el agua empapaba sus calcetines. Los zapatos habían desaparecido en el agua.

La risa cantarina de la joven volvió a sonar y el agente alzó su cabeza, amoscado.

—Oh, perdone, míster Peters. Estamos los dos aquí intercambiando cumplidos y explicaciones, sin darnos cuenta de que estamos completamente empapados en agua. Habremos de cambiarnos de ropa o el constipado será inevitable.

Vernom asintió y juntos ascendieron hasta el muelle, dejando tras sí una estela de agua sobre los peldaños.

—Le llevaré a mi casa, señor Peters. Está cerca de aquí, tomaremos

un taxi y diez minutos después podrá cambiarse. Mi hermano Guss dejó varios trajes en casa.

—No es necesario el taxi, *miss Devening*. Tengo un coche a la entrada de los *docks*.

Andaban hacia el «Mustang», cuando se cruzaron con uno de los vigilantes del puerto. El hombre los observe con suspicacia, pero no pudieron oír su comentario:

—Estas parejas de enamorados... ¡Son capaces de todo con tal de lograr encontrar un rincón oscuro...!

CAPÍTULO IV

El «Mustang» rodó lentamente sobre la cuidada pista de grava y se detuvo ante la rústica escalera de granito que ascendía hacia la casa.

Mientras cerraba la portezuela del coche, los ojos del agente federal estaban tomando nota de la bonita construcción que se alzaba sobre un montículo, rodeada de verde grama y pequeños abetos.

Era una casa de dos plantas, de estilo campestre. Las ventanas estaban recién pintadas en un atractivo color celeste claro y la fachada había sido edificada a base de granito y ladrillo rojo.

Parecía un lugar agradable y sereno, el marco adecuado a una muchacha tan linda como Dina Devening.

Había dos potentes focos instalados sobre gráciles pérgolas metálicas, que iluminaban suficientemente la escalera de entrada.

—¿Viene, señor Peters?

Vernom subió los peldaños de cuatro en cuatro y se reunió con la joven al término de la escalera.

La mirada del agente especial chocó con la alta figura de un hombre, que aguardaba, inmóvil, a la entrada del edificio.

—Buenas noches, Matthew. Me acompaña el señor Peters. Hemos sufrido un pequeño accidente y le he invitado a cambiarse. Acompáñale a la habitación de mi hermano e indíquele dónde puede encontrar ropa seca.

Matthew era uno de esos tipos que no se inmutan aunque a quinientas yardas explote una bomba de nitrógeno. Alto y delgado, de facciones apergaminadas, nuez prominente y reluciente calva, vestido correctamente de oscuro.

—Buenas noches, señores. Muy bien, señorita Devening. Atenderé al señor Peters, sígame, por favor.

Atravesaron el vestíbulo y avanzaron hasta la escalera. Ya en ella Vernom Peters se volvió al escuchar la agradable voz de *miss* Devening.

—Baje cuando se haya cambiado, Vernom. Le tendré preparado un grog bien caliente.

Sonrió, complacido, y siguió al silencioso Matthew a lo largo del pasillo. El mayordomo abrió una puerta y le invitó a pasar.

—Dispone de agua caliente, señor Peters. A la derecha está el cuarto de baño. En cuanto a ropa seca, encontrará cuanta necesite en el armario del dormitorio. ¿Necesita algo más, señor?

—Sí, Matthew. Dígame, ¿dónde está ahora Guss, el hermano de la

señorita Devening?

La expresión hermética y distante de aquel hombre no varió. La prominente nuez osciló arriba y abajo varias veces antes de que Matthew contestara guturalmente:

—Lo siento, señor Peters. No estoy autorizado a contestar ese tipo de preguntas. Aguardaré en el pasillo, señor. Sírvase llamar si necesita algo.

Encajando la seca respuesta con una sonrisa, Vernon atravesó el pequeño *living-room* y abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio. Al fondo había una puertecita estrecha. Vernon la atravesó, descubriendo que era el cuarto de baño.

Se desnudó aprisa, sintiendo que un espasmo de frío le estremecía. Dio al grifo de agua caliente de la ducha y se metió bajo el chorro de agua.

Una maldición intraducible se escapó de sus labios: el agua estaba hirviendo y le quemaba la piel. Saltó fuera con un respingo y trató de regular la temperatura del agua. Lo consiguió al fin, y se duchó con un suspiro de alivio.

Estaba secándose con una gran toalla felpuda, cuando escuchó aquel rumor. Provenía del dormitorio contiguo y Vernon anduvo descalzo hacia allá, mientras se anudaba la toalla a la cintura.

Permaneció un instante perplejo en el centro de la estancia. De repente, su mirada se dirigió a la ventana. Desde allí atisbó, descorriendo la cortina, hacia afuera.

La noche era oscura y nada logró ver, de modo que volvió al cuarto de baño y se friccionó el cuerpo con la loción que encontró en el pequeño armario del lavabo.

Estaba pensando que el contacto con Dina Devening se había producido de la forma más satisfactoria, cuando de nuevo le distrajo aquel rumor.

Firmemente decidido a averiguar su procedencia, Vernon volvió al dormitorio y descorrió la cortina.

Respingó sorprendido al ver la cara que le miraba al otro lado de los cristales.

Una visión terrorífica le encogió el estómago: había una mujer de alborotados cabellos grises desgredados, nariz ganchuda y ojos brillantes, haciéndole acuciantes señas de que abriera.

Estaba preguntándose si se trataría de una broma de sus sentidos, debido a la conmoción que el golpe en la nuca le había producido, cuando advirtió que aquella bruja golpeaba el cristal perentoriamente.

No era ninguna alucinación: la vieja desdentada no cesaba de hacer visajes, tratando de llamar su atención, golpeando la ventana con sus

manos, armadas de afiladas uñas.

A Vernom le castañetearon los dientes sin poder impedirlo. ¿Frío o miedo? Decidió no dejarse ganar por el pavoroso aspecto de la anciana y abrió de golpe la ventana.

Un golpe de viento entró a través de la abertura, y Vernom volvió a experimentar un escalofrío. Recordó de pronto que estaba semidesnudo, cubierto por una simple toalla y todo aquello se le antojó ridículo, absurdo.

—¿Quién es usted, qué hace ahí?

La vieja bruja estaba apoyada ahora en el marco de la ventana y le vigilaba con aquellos ojillos malignos, que refulgían siniestramente.

Estaba cubierta con un camisón blanco que mostraba sus hombros huesudos, cubiertos de piel apergaminada y amarilla como la cera.

Hacía frío allí, en la ventana, y Vernom decidió terminar. Iba a poner sus manos sobre los hombros de la anciana, cuando esta se separó de un salto, con una agilidad que sorprendió al agente especial.

—Usted es uno de ellos, ¿eh? —murmuró la bruja entre dientes, y su voz era reconcentrada, gutural—. Sí... usted es otro de esos asesinos. No durará mucho aquí. Morirá como los otros, ¿sabe? ¡Yo lo he visto todo! ¡¡Todo!! ¡Mire, mire dentro del armario! Está ahí, frío y rígido. ¡Ande, mire, mire! Tiene miedo, ¿verdad?

«Maldita vieja», murmuró Vernom para sí. Pero sus ojos se dirigieron, sin poder evitarlo, hacia el armario de nogal situado al otro lado del amplio lecho.

«No debes dejarte impresionar por el ambiente, Vernom, o estarás perdido. Maldita vieja, estaría mejor haciendo calceta que curioseando a través de las ventanas».

Y, sin embargo, sus pies le llevaron instintivamente ante la puerta del oscuro mueble que la vieja había señalado. Se volvió hacia la ventana: ella seguía allí, apoyada sobre el antepecho, vigilándole con aquellos ojillos en los que latía la locura.

«Es una idiotez, Vernom», se dijo, y su mano derecha tiró bruscamente de la puerta del armario.

Respiró aliviado, como cuando uno despierta súbitamente, alejada la pesadilla cruel que le ha atormentado. Dentro del armario se veían más de una docena de trajes, cuidadosamente colgados.

En un instante desapareció la preocupación que la bruja había logrado llevar a su ánimo. A Vernom le gustaban los trajes elegantes y comenzó a pensar cuál de ellos tomaría prestado a Dina Devening.

«El *príncipe de Gales*, no. Es demasiado serio para esta época. A ver, ese azul marino... Tampoco, demasiado oscuro. Ahí, al fondo, veo uno más claro que quizá...»

Iba descolgando los trajes y dejándolos sobre la cama. Extendió el brazo para agarrar aquel conjunto color *beige*. El armario tenía bastante fondo y no alcanzaba bien, de forma que apoyó un pie desnudo sobre el montante y lo agarró.

El gran cajón inferior se había deslizado fuera unas pulgadas. Con una intensa expresión de perplejidad, Vernom tiró de él.

Palideció intensamente ante el macabro hallazgo.

Había un cadáver dentro, cuidadosamente doblado por las corvas, convertido en un cuatro perfecto. Era un hombrecillo de escasa estatura, delgado y calvo. En compensación, lucía un gran bigote lacio y su nariz aquilina estaba doblada como consecuencia de la presión con que había sido instalado en el cajón.

La carcajada estridente y cascada de la vieja le heló la sangre en las venas.

—¿Lo ve? ¡Tenía yo razón, tenía razón!! Y a usted le pasará lo mismo dentro de poco. ¡Lo matarán, lo matarán!

Huyó, dando un grito, cuando Vernom se acercó a la ventana de un salto. Quería preguntarle a la bruja cómo sabía que iba a encontrar allí aquel cadáver, pero cuando se asomó a la ventana, sacando medio cuerpo fuera, la vieja había desaparecido como si se la hubiera tragado la noche.

Vernom Peters era un hombre templado y sereno, a pesar de su apostura y de su aspecto de *play-boy*, pero al volver junto al cadáver sintió que una extraña flojedad debilitaba sus rodillas.

Obedeciendo simplemente a sus reflejos, Vernom abrió la puerta del pasillo y llamó a gritos:

—¡Matthew, Matthew! ¡Venga aquí enseguida!

Hubo de esperar unos minutos antes de que el imponente mayordomo apareciera ante la puerta. Vernom le miró insistentemente a los ojos, pero su expresión continuaba siendo hermética y rígida.

—¿Llamaba, señor Peters? ¿Acaso no ha encontrado un traje de su agrado? —sus ojos habían advertido la toalla con la que se cubría Vernom y su gesto parecía expresar una leve censura.

—No se trata del traje. He encontrado un cadáver en el cajón del armario.

Vernom esperaba verle pestañear como mínima expresión de asombro, pero ni eso siquiera consiguió de Matthew, que se limitó a preguntar, incrédulo:

—¿Un cadáver? ¡Imposible, señor Peters!

Era tanto el aplomo que se desprendía de aquella aseveración, que Vernom se preguntó si no lo habría soñado. Pero no, no había sido una alucinación.

Sujetándose a la cintura la toalla, a punto de soltarse, Vernom le invitó a pasar.

—Adelante, Matthew. Podrá comprobarlo con sus propios ojos. Está doblado, apretado, introducido a viva fuerza dentro de...

Su voz se fue debilitando a medida que se acercaba al armario. Porque... ¡el cadáver había desaparecido!

CAPÍTULO V

Vernom murmuró algo en voz baja y retrocedió un par de pasos con las manos apoyadas en las caderas. Con lo que la toalla comenzó a deslizarse hacia abajo. Afortunadamente, el agente especial logró cogerla antes de que cayera y se la anudó fuertemente a la cintura.

Carraspeó, tosió, se trasladó a la ventana y miró afuera. Cuando volvía, Matthew abandonaba ya el dormitorio. Se volvió en la puerta y le miró de pies a cabeza.

—Es una broma de mal gusto, señor Peters. Advertiré a la señorita Devening de la conveniencia de escoger sus amistades masculinas con mayor acierto.

«Maldito soplón», pensó Vernom. Le hubiera gustado destrozar a puñetazos la expresión inalterable del hierático mayordomo, y se sintió impulsado a contestarle de mala forma, pero ni su facha era la más apropiada para enzarzarse en una pelea ni poseía suficientes recursos dialécticos para apabullar a Matthew.

De forma que prefirió cerrar la puerta de golpe y buscar alguna ropa interior en el armario. Sin embargo, no pudo impedir el sentimiento de repugnancia al cerrar el cajón del armario.

Porque estaba seguro de haber visto el cadáver con sus propios ojos. Alguien lo había arrastrado desde el cajón hasta la ventana, en el espacio de tiempo que Vernom aprovechó para avisar a Matthew.

¿A quién pertenecía aquel cadáver? Mientras se ajustaba la funda sobaquera con la pistola de reglamento, Vernom Peters se propuso investigarlo.

Salió de la *suite* y un momento después bajaba la escalera. Una nueva sorpresa le aguardaba en el vestíbulo.

Dina estaba despidiendo a tres curiosos personajes, mientras Matthew permanecía respetuosamente apartado unos pasos.

Dina se volvió al oír sus pasos. ¿Se sentía embarazada por su presencia en aquellos momentos, o era simple impresión de Vernom? «Demasiadas impresiones engañosas», se dijo, mientras avanzaba a su encuentro.

—Ah, señor Peters... Estaba despidiendo a estos amigos. El profesor Tuckermann, míster Jones, míster Wolf. Este es el señor Vernom Peters —presentó Dina, con gesto de circunstancias.

Arthur Tuckermann era un hombre alto y delgado, elegantemente vestido. Sus cabellos eran escasos y canosos, y lucía una recortada

barbita que le daba aspecto de chivo viejo. Unos ojos sagaces, aunque inexpressivos, le escrutaron a través de los gruesos lentes.

—Encantado, señor Peters. ¿No nos hemos visto en algún sitio?

Aquello, precisamente, estaba pensando Vernom cuando estrechó su mano fría y huesuda. Pero no logró situar sus recuerdos y desvió su atención hacia Jones y Wolf.

En cuanto a ellos, su aspecto era inconfundible. Ambos eran fornidos, musculosos, y vestían trajes de confección que les caían espantosamente. Vernom era un entendido en vestimenta masculina y aquel detalle no podía pasarle inadvertido.

Por lo demás, sus rasgos faciales carecían de la menor relevancia. Mentón cuadrado, facciones angulosas y ásperas...

—Es posible, profesor. Viajo constantemente, de modo que no me extraña que hayamos coincidido en alguna fiesta, un hotel...

—Tiene razón, señor Peters —se volvió hacia Dina y los cristales de sus lentes refulgieron un momento—. Adiós, querida. Cuídate.

—Lo tendré en cuenta, profesor. Adiós.

Salieron y Dina se volvió hacia Vernom. Se había cambiado de vestido. Ahora estaba ataviada con un mini traje que se adaptaba a su escultural silueta como un guante de goma. El generoso escote permitía una visión que Vernom juzgó mareante.

—Venga conmigo, Vernom. El *grog* se está enfriando.

Le guio hasta la bien amueblada y amplia biblioteca. Señaló un sofá al agente especial, ante la mesita sobre la que humeaba la dorada jarra que contenía el reconfortante licor.

Ella estaba sirviendo el *grog* en las tazas, cuando Vernom preguntó cómo al acaso:

—¿Amigos suyos, Dina?

—¿Eh? Ah, sí, se refiere a míster Tuckermann y los otros. Estaba deseando desprenderme de ellos, créalo —confesó, sonriendo encantadoramente. Pero no agregó una palabra más acerca del asunto.

Vernom tomó el *grog* a pequeños sorbos y la sangre volvió a circular normalmente por sus venas. Corría el mes de mayo, pero la imprevista inmersión en las aguas del puerto había resultado una experiencia desagradable.

Alzó la cabeza y la miró, mejor dicho, sus miradas se encontraron.

—Le sienta muy bien ese traje, señor Peters.

—¿Usted cree, Dina? Llámeme Vernom, como hizo antes.

Ella se ruborizó levemente y el agente especial sintió unos locos deseos de estrecharla entre sus brazos, de besarla apasionadamente.

Pero debía recordar que la mujer que le miraba intensamente al otro lado de la mesita era una espía, una mujer sin escrúpulos... Cosa que a

Vernom se le hacía muy cuesta arriba, justo era confesarlo.

—Matthew me dijo hace unos minutos algo extraño, Vernom. Me pareció ligeramente ofendido, enfadado. Me dijo que usted le había gastado una broma sin sentido.

Vernom lanzó una corta carcajada y miró con creciente interés a Dina Devening. Aquella mujer era una redomada actriz o... verdaderamente desconocía la existencia del cadáver en el cajón del armario.

En cualquier caso, Vernom juzgó que era mejor adoptar la actitud que ella misma parecía brindarle.

—Ah, el bueno de Matthew. Me pareció un hombre tan terriblemente serio, que me atreví a comprobar si había algo capaz de inmutarle. Por desgracia, mi broma solo sirvió para enfadarle.

—Tiene razón, Vernom. Matthew es excesivamente hermético, pero, sin embargo, cumple su cometido a la perfección. Por eso acepté sus servicios, cuando el profesor Tuckermann me lo recomendó, hace unos meses.

Tuckermann otra vez, anotó mentalmente Vernom, y volvió a paladear de nuevo al excitante *grog* caliente.

Aceptó el cigarrillo que Dina le ofrecía y fumó con satisfacción durante unos instantes.

—Hay algo que no le he dicho, Dina. He visto algo horrible desde la ventana del dormitorio: una bruja de cabellera desgreñada, mirada diabólica y boca desdentada; parecía desprendida de un película de terror de Polanski.

La risa de Dina sonó alegremente en la amplia y cómoda biblioteca.

—Oh, no se preocupe por ello, Vernom. Se trata de la señora Drugger, una perturbada que vive cerca de aquí. Su demencia no es peligrosa y de cuando en cuando burla la vigilancia de la enfermera que la cuida. Yo misma sufrí unos sustos espantosos al principio, pero después me acostumbré a verla aparecer tras las ventanas cuando menos se la espera.

—Debieran internarla en un manicomio, o todos los vecinos morirán de infarto de miocardio. Hablaba algo acerca de un cadáver y llegó a impresionarme.

—Es su eterna cantilena. Al parecer, ve cadáveres por todas partes y en cantidades ingentes. Pero, como le decía, carece de peligrosidad.

Vernom la miró rectamente a los ojos, tratando de averiguar si mentía. Pero aquello era imposible, por la sencilla razón de que sus propósitos pasaban a segundo lugar cuando aquellos ojos luminosos le acariciaban.

—Es usted muy hermosa, Dina. Es sorprendente: nadie diría que

esta misma tarde ha estado a punto de morir. Realmente, no parece muy impresionada...

—Ah, se refiere al baño que aquellos individuos me obligaron a tomar. Afortunadamente todo terminó bien. Por otra parte, estoy segura de que se trataba de unos vulgares rateros. Me vieron hacer algunas compras y, sin duda, pensaron que debía llevar una cantidad de dinero apetitosa.

Mentía, era obvio. «¿Desde cuándo los rateros usaban magníficos “Cadillac” para realizar sus rapiñas?», se dijo Vernom. Pero lo que dijo fue muy diferente:

—Dejemos eso, Dina. Estoy disfrutando unas cortas vacaciones y me encantaría aprender esquí acuático. Usted podría darme clases. Tengo suficiente dinero y pagaría la cuota que me indicase.

Ahora fue ella la que le miró de arriba abajo, críticamente.

—Es usted un buen deportista, Vernom, a juzgar por su físico. ¿Está seguro de que le interesa aprender esquí acuático?

Condenada muchacha, era demasiado inteligente. ¿O simplemente suspicaz? Esbozó su gesto más ingenuo, aquel que le había ganado fama de conquistador en la División:

—Me interesa el esquí, Dina, y me interesa usted. Mitad y mitad. Nos hemos conocido en unas circunstancias nada vulgares. ¿Por qué no conocernos mejor?

Ella se puso en pie. Al parecer daba por terminada la entrevista, y Vernom la imitó con pesar.

—Inscríbase en el Ski & Yatchmen Club. Solo cuesta diez dólares más una cuota mensual de otros diez. ¿Dónde se hospeda usted, Vernom?

—En el hotel Vendôme. Pero no es inscribirme en el Ski & Yatchmen Club lo que me interesa, Dina...

—Hágalo —le interrumpió ella—. En cuanto a sus ropas, Matthew se encargará de remitirlas al hotel Vendôme.

Le empujaba disimuladamente hacia el vestíbulo y Vernom comprendió que era el momento de la despedida.

—Adiós, Vernom. Volveremos a vernos, espero.

—Escuche, Dina. Yo...

—Ah, se me olvidaba decirle que doy clases de esquí en el Ski & Yatchmen Club, naturalmente.

CAPÍTULO VI

El sol lucía esplendoroso en un cielo muy azul, cuando Vernom Peters abandonó el hotel Vendôme.

Vernom vestía un sencillito atuendo deportivo, consistente en pantalón blanco y un suéter color celeste.

Cruzando la calle en dirección al aparcadero del hotel, Vernom se caló las gafas de sol, mientras silbaba, distraído, una cancioncilla.

No tan distraído como para pasarle inadvertida la curiosidad con que le observaban dos caballeros desde la acera de enfrente. Vernom reconoció a míster Wolf, el acompañante de míster Tuckermann. El otro era un desconocido de rasgos negroides y atlética constitución. Ambos disimularon cuando Vernom se volvió bruscamente en su dirección.

Sonriendo divertido, Vernom esperó a que sacaran su coche del garaje y un momento después rodaba en dirección a la costa.

El Ski & Yatchmen Club estaba situado a dos millas de la ciudad. Vernom se apartó de la carretera, y el automóvil que había venido siguiéndole continuó tras él a lo largo del cuidado camino de grava del club náutico.

El sol comenzaba a calentar y algunos bañistas se tostaban ya junto a la piscina. Vernom silbó, admirado, al ver pasar a una rubia de busto exuberante, que contoneaba las caderas cadenciosamente, mientras subía los peldaños del trampolín.

Fue relativamente fácil conseguir la tarjeta que le acreditaba como socio del club.

—Deberá abonar diez dólares en caja, en concepto de inscripción. Las instalaciones del club están a su servicio, míster Peters.

Vernom tomó el boleto que el secretario le ofrecía, y preguntó, sonriendo levemente:

—¿Incluida la señorita Devening?

—Pues... desde luego, señor. En su calidad de profesora de esquí, ya me entiende.

—Correcto. Por cierto, ¿ha venido ya *miss* Devening?

—Sus clases comienzan a las diez de la mañana. Son las once treinta, míster Peters. Diez dólares más le darán derecho a media hora de clase cada día. Miss Devening se encuentra en el embarcadero.

Vernom abonó veinte dólares en caja y se dirigió al embarcadero. De paso echó una ojeada al coche que le había seguido desde el hotel:

sus ocupantes habían desaparecido.

Encontró a Dina Devening junto a la rampa de deslizamiento. Como dato curioso, Vernon observó que todos sus discípulos eran del género masculino. Y jóvenes, además. Musculosos y de constitución atlética.

Dina estaba dando algunas explicaciones técnicas a los seis hombres que la rodeaban. Vernon la escuchó hablar con voz bien timbrada:

—... Además, las piernas deben flexionarse continuamente para mantener el equilibrio. Los hombros adquieren una leve tensión, que...

Se interrumpió al verle llegar, y Vernon se sintió deslumbrado ante su brillante sonrisa.

—Bienvenido, señor Peters. Llega a tiempo de escuchar algunas explicaciones técnicas para el aprendizaje del esquí. Estos señores son...

Realmente no escuchó los nombres de sus compañeros de aprendizaje, porque sus ojos no se apartaban de Dina, que se cubría con un albornoz blanco, que contrastaba poderosamente con su piel morena.

Ella continuó durante quince minutos con sus explicaciones. Al cabo, Dina Devening se desprendió del albornoz y Vernon entornó los ojos, impresionado: la foto que había visto no reflejaba en absoluto la perfección escultural de la muchacha.

El bikini era de color amarillo eléctrico.

—¿Le ocurre algo, señor Peters? —preguntó ella, levemente irónica.

—Nunca pude imaginármelo... —murmuró Vernon, abstraído.

—No pudo imaginarse, ¿qué?

—Tanta perfección reunida en un solo cuerpo de mujer, Dina. Ahora me explico que todos sus alumnos sean varones.

El rubor sentaba muy bien a su cara de chiquilla. Vernon la notó azorada cuando contestó:

—Las señoras vienen por la tarde, señor Peters.

—Puede seguir llamándome Vernon, Dina.

—Discúlpeme, pero procuro mantener a raya a mis admiradores. La excesiva confianza sería peligrosa, ¿comprende?

Las palabras tenían un tono distanciante, pero los ojos luminosos de Dina Devening le miraban acariciadores.

—Lo comprendo muy bien, Dina. ¿Cuándo empezamos a patinar?

—Haciendo un chiste fácil, podría decirle que usted ha comenzado a hacerlo muy de mañana. Está bien, cámbiese. ¿O está dispuesto a chapuzarse vestido? En el vestuario de caballeros le facilitarán un *slip*, si no lo tiene. ¿O teme al agua fría, como el resto de mis discípulos?

—Oh, no. Con tal de seguir junto a usted soy capaz de esquiar en el mismo Polo Norte, vistiendo un simple *slip*. Espéreme, vuelvo enseguida.

La motora estaba esperando ya, con el motor en marcha. Dina le ayudó a colocarse los anchos esquís de plástico y puso en sus manos el astil.

—¿Sabe usted nadar, señor Peters?

—Desde luego, ¿por qué lo pregunta? Ya lo vio en el puerto.

—Oh, por nada, pero me siento tranquilizada al recordarlo. ¡Agárrese fuerte e incline el tronco ligeramente hacia atrás! ¡Eh, Gregory, puedes arrancar! —gritó al hombre que conducía la motora.

El brusco tirón pilló de improviso a Vernon. En los primeros segundos temió que iba a hundirse irremisiblemente, pero poco a poco fue adquiriendo confianza, logrando mantenerse en equilibrio, aunque precariamente.

Dina patinaba fácilmente sobre un solo esquí, a escasa distancia de él.

—¡Eh, señor Peters! —gritó—. ¡Lo hace usted muy bien para ser la primera lección!

Vernom voceó también, mirándola de reojo, con todos sus sentidos puestos en mantenerse rígido:

—¡Es fácil aprender junto a usted, Dina!

—Olvide los piropos y concéntrese en el juego de los esquís. Su físico le ayuda, indudablemente, a practicar este deporte. ¡Es usted un hombre asombrosamente fuerte! Con la piel mojada, se diría que es un auténtico manojo de músculos.

—¡Eh, eh...! Dijimos que había que olvidar los piropos, querida profesora —gritó Vernon. Y se sintió infantilmente orgulloso de la admiración que había provocado en Dina.

—De acuerdo, señor Peters. ¿Se atreve a continuar mar adentro?

—¿Usted cree que sabré saltar sobre las olas? ¡Está bien, vamos allá!

Ella gritó algo a Gregory y la motora describió un gran círculo, enfilando el mar abierto.

Se habían alejado unas dos millas de la costa, cuando Vernon escuchó aquel zumbido. Varios surtidores de agua surgieron sobre la superficie del mar.

«Alguien está disparando sobre nosotros con un rifle», pensó Vernon, comprobando que los impactos se producían espaciados. Fue a gritar algo a Dina, cuando la súbita quemazón en el muslo derecho le obligó a soltar, instintivamente, el mástil.

Todavía se deslizó durante unos segundos, impulsado por la inercia, y finalmente se hundió.

Dina Devening había gritado algo al verle hundirse, pero Vernom no pudo oírla, por la sencilla razón de que permanecía sumergido, tratando de soltarse los esquiés.

Cuando emergió a la superficie, los disparos habían cesado, pero Vernom no pudo divisar a Dina, aunque podía escuchar el ronquido del motor de la motora.

—Sería estúpido morir de esta puerca forma —murmuró. Trató de comprobar la importancia de su herida y respiró, tranquilizado, al ver que se trataba de un sencillo raspón. La bala le había rozado la cara externa del muslo.

Comenzó a nadar despacio y un pensamiento absorbió toda su atención. ¿Habría tiburones en las proximidades? Si era así, Vernom no abrigaba la menor esperanza.

Era buen nadador y había practicado la pesca submarina en lugares tan peligrosos como Hawái y el golfo de México. Pero estando herido y sin un simple cuchillo para defenderse, las probabilidades eran escasas.

El agua salada se le metía en la boca al maldecir. A cada momento notaba que su muslo derecho iba tornándose lento, rígido.

Fue en aquel instante, cuando Vernom escuchó el rumor de la motora más cercano y un minuto después divisaba la embarcación.

Dina Devening buscaba ansiosamente sobre la superficie del mar y un grito de alegría se escapó de su garganta al divisarle.

Pensando las cosas más bellas acerca de aquella muchachita con cara de ángel y cuerpo de hurí, Vernom se izó a bordo ayudado por Dina.

—¡Gracias a Dios, Vernom! ¿Qué fue lo que ocurrió?

Vernom se atragantaba, aspirando aire con delicia.

—Oh, algo sin importancia. Trataron de pescarme como a un besugo.

La sangre corría por el muslo abundantemente. Dina posó sus ojos en la herida y palideció intensamente.

—Pero... Vernom, ¡está herido! ¡Está perdiendo mucha sangre...!

Se arrodilló ante él, mientras Gregory conducía la motora a gran velocidad hacia el embarcadero.

—No se preocupe, Dina. Es solo una herida superficial. ¿Tiene un pañuelo? Un torniquete será suficiente para contener la sangre, de momento.

Ella pareció desolada al denegar con la cabeza. Pero pronto pareció haber encontrado una solución.

—Gregory, ¿quieres prestarme tu camisa?

El conductor de la motora era un muchacho moreno, de unos veinticinco años. Parpadeó, un tanto sorprendido ante la extraña

petición, pero se desprendió de la camisa en un santiamén.

—Vuélvase de espalda, Vernom.

Vernom tardó un segundo en comprender. Dina se había puesto la camisa de Gregory y un momento después se desprendía de aquella cintita amarilla que sujetaba su desafiante busto.

—¿Le servirá esto, Vernom? A ver, déjeme, tengo alguna idea de cómo se coloca un torniquete.

El agente especial la dejó hacer, y la muchacha apretó el nylon por encima de la herida.

Se le quedó mirando fijamente, con los grandes ojos verdes muy abiertos, preocupada y anhelante.

—Siento que su primera clase haya resultado tan peligrosa, Vernom. Nunca pude imaginar... ¿quién cree que habrá disparado, qué motivos...?

Dejó la pregunta sin terminar y una expresión de temor se dibujó en su carita.

«Eres una redomada actriz, Dina Devening —estaba pensando Vernom—. O, por el contrario, estás completamente al margen del cargo de espía que el Gruñón ha lanzado contra ti».

No tuvo tiempo de seguir sus encontrados pensamientos, porque Gregory cortó el gas del motor y la lancha se deslizó suavemente hasta el embarcadero.

—Venga conmigo, señor Peters —de nuevo el tratamiento se tornaba más rígido, advirtió Vernom—. Tenemos un buen médico, el doctor Petrick. Él le curará esa herida.

Wolf y el negro le dirigieron un rápido vistazo al pasar. ¿Le engañaban sus sentidos o aquellos dos hombres habían sonreído irónicamente, como enviándole un mudo mensaje?

Mientras Dina le presentaba al doctor Petrick, a Vernom Peters ya no le cabía ninguna duda acerca de la identidad de las personas que habían disparado contra él, sirviéndose de un rifle.

CAPÍTULO VII

Durante cuarenta y ocho horas, Vernon Peters hubo de permanecer inactivo, a causa de la herida de su pierna derecha.

Se había puesto en contacto con mister John Paryat, alias Gruñón, su jefe inmediato. El Gruñón le había ordenado permanecer en el hotel Vendôme hasta que su pierna hubiera recuperado la normalidad.

Aquellos dos días fueron un verdadero suplicio para el agente especial. Los nervios le impulsaban a la acción, pero su muslo se hinchaba en cuanto caminaba durante más de diez minutos.

A la noche siguiente encargó que le trajeran el directorio telefónico y marcó el número de Dina Devening.

Tardaron en levantar el auricular al otro lado. Al cabo, Vernon pudo escuchar la voz sin inflexión del hermético Matthew.

—Casa de la señorita Devening, ¿qué desea?

—Dígale que se ponga, por favor.

—No creo que sea posible, señor Peters. La señorita está atendiendo a unos amigos en estos momentos.

Vernom rio suavemente al comprender que el mayordomo le había reconocido. Insistió:

—Dígaselo, Matthew. Es posible que *miss* Devening esté dispuesta a perder un minuto conmigo.

—Está bien, señor. Le daré su encargo.

Transcurrieron cuarenta segundos antes de que la voz de la guapa Dina llegase a sus oídos. Hablaba visiblemente turbada:

—¿Cómo se encuentra, señor Peters? Discúlpeme, pero no puedo atenderle ahora.

—Mi herida presenta hoy mejor aspecto, Dina. Pero no es eso lo que me preocupa. ¿Qué le ocurre, muchacha? La noto angustiada... ¿es por esa visita, el profesor Tuckermann, acaso?

La insinuación lanzada al azar tuvo éxito. Porque ella respondió:

—¿Cómo lo...? ¡Oh, no, no me ocurre nada! Me duele la cabeza y me encuentro mareada, eso es todo.

—Sé que eso es una disculpa, Dina. A propósito, he de devolverle el traje que me prestó. Quizá a su hermano le haga falta.

—Oh, no se preocupe de eso: Guss no se encuentra en Plymouth, descuide. Envíelo cuando quiera, Vernon.

—Escuche, Dina: ¿dónde está su hermano?

Ella debió sorprenderse, porque la respuesta tardó en producirse.

—¿Dónde está...? Por favor, Vernom: no puedo decirle nada. Tengo que colgar. Adiós.

Así que era aquello, Guss Devening no se encuentra en la ciudad...

De pronto, Vernom Peters se sorprendió pensando que acaso el traje que Dina le prestara había pertenecido a un muerto.

Con una ceja enarcada interrogativamente, Vernom volvió a su cómodo sillón y se sirvió una considerable dosis de coñac.

Estaba llevándose a los labios cuando repiqueteó el teléfono. Se acercó, renqueando, al aparato y alzó el micro.

—¿Vernom Peters? Escuche, señor Peters, voy a darle un consejo: deje de husmear alrededor de Dina Devening.

El que hablaba poseía una voz lenta y perezosa, autoritaria. Vernom sonrió al considerar lo rápidamente que circulaban algunas noticias en Plymouth. Retrucó:

—Escúcheme usted, amigo. No suelo seguir los consejos de nadie. Identifíquese y hablaremos. ¿Cuál es su nombre?

Algo que parecía una risita burlona llegó a través del hilo hasta el oído del agente especial.

—No sea imbécil, Peters, ¿o está bromeando? Hágame caso, continúe en su papel de *play-boy*, haga esquí náutico, diviértase... Pero deje de rondar a Dina Devening o le pesará.

—No me haga reír, señor Quien-sea —respondió Vernom, considerando que el otro no parecía conocer su verdadera identidad—. ¿Por qué razón? Me gusta *miss* Devening y eso es todo. ¿Acaso a usted también?

—Solo voy a decirle que mis intereses acerca de *miss* Devening no son amorosos. ¡Apártese de ella ahora que está a tiempo o...!

—O... ¿qué?

—Le mataré, Peters. Demostrará ser un loco si no me hace caso. Espere no cuelgue. Quiero hacerle una pequeña demostración.

Vernom estaba preguntándose si su interlocutor estaba majareta, cuando de repente advirtió que la mesita del teléfono estaba justamente ante el gran ventanal cubierto por una fina cortina.

Se lanzó al suelo más que aprisa. Muy a tiempo, porque un Verdadero alud de plomo entró a continuación a través del cristal y los fragmentos de vidrio repiquetearon en el balcón.

Acordándose de los progenitores del tipo que había tenido aquella maldita ocurrencia, Vernom comenzó a reptar sobre el piso, en dirección a la bonita pantalla de pie, con intención de apagarla.

No tuvo necesidad de terminar su movimiento, porque un balazo derribó la lámpara y la oscuridad se hizo en la habitación.

El tipo de la voz perezosa continuaba al otro lado del hilo.

Y entonces, Vernon cometió un error del que habría de lamentarse después. Poniéndose lentamente en pie, evitando la proximidad de la ventana, se acercó a la mesita y tomó el micro.

—¿Me oye, señor Peters? ¿Está todavía vivo?

—Por desgracia para usted, asesino. Le aseguro que lograré descubrirle. Entonces le devolveré su tarjeta de visita.

—Lo dudo mucho, Peters. Usted tiene vocación de suicida: no durará demasiado tiempo.

—Olvídese de eso. ¿Qué es lo que trata de conseguir de Dina Devening? Tiene que ser algo muy importante para impulsarle a cometer un asesinato. ¿Algo relacionado con la desaparición de Guss Devening?

Era un disparo al azar, pero Vernon se había sentido impulsado a hacer aquella pregunta al acaso.

Se demostró razonable, porque el otro lanzó una imprecación y colgó sin más.

Al parecer, Dina Devening se había convertido en una apestada. Cualquiera que intentase acercarse a la muchacha, olería inmediatamente a pólvora.

O a cadáver, que para él era lo mismo.

Volvió a descolgar el teléfono y llamó a conserjería, pidiendo la cena y una nueva lámpara.

Estaba apurando su coñac, cuando llamaron a la puerta.

¿El camarero? Apoyándose en la muleta metálica que el doctor Petrick le había facilitado, Vernon caminó hasta la puerta y la abrió de golpe.

Dos tipos que le parecieron conocidos entraron como una tromba en la habitación. Levemente sorprendido, Vernon interpuso su muleta entre las piernas del primero y los dos pandilleros rodaron en la oscuridad.

Súbitamente, Vernon acababa de recordar a aquellos dos tipos. Eran los mismos que habían arrojado al agua a Dina Devening, en Inner Harbor.

Martenski estaba ya tratando de sacar su pistola, sin cesar de maldecir obscenidades a cual más pintorescas.

No podía distinguir a Vernon, porque se encontraba deslumbrado por la súbita oscuridad del interior de la *suite*. Pero el agente especial captó claramente su movimiento y obró en consecuencia.

El *gangster* sintió que su cabeza se convertía en un volcán en plena erupción cuando la muleta le golpeó de frente en la sien.

A pesar de lo cual, el agente especial no se conformó: su pierna izquierda se estampó contra la cara de Martenski de forma bestial, con

lo que el pandillero gruñó agudamente y se derrumbó sobre la alfombra.

Su compañero se llamaba Corolan y tenía ya la pistola en la mano. Había visto la pierna de Vernom gracias a la lengua de luz que entraba por la puerta y se puso en pie, tratando de encontrar la sombra del agente especial.

Avanzó unos pasos en la dirección en que había visto desaparecer a Vernom. Se equivocó, porque el hombre al que buscaba se encontraba justo detrás de él.

Permitió que Corolan continuase avanzando hacia la pared. Y entonces le empujó súbitamente hacia adelante, agarrándole por la nuca.

El brusco encontronazo con la pared obligó a lagrimear a Corolan, que había escuchado, aterrado, el seco chasquido del caballete de su nariz al fracturarse.

—Eso te ocurre por tener una narizota así —murmuró Vernom. Y su muleta se abatió como un relámpago contra el occipucio del *gangster*, que se derrumbó lentamente, arañando la pared con sus zarpas.

«No está mal esto de la muleta —pensó—. En menos de dos minutos me he librado de dos pandilleros sin tener que utilizar la pistola».

Encendió la luz central y se inclinó sobre Martenski. Tal como había supuesto, sus bolsillos no arrojaron ningún dato interesante. Los dos tipos eran simples *torpedos*, pandilleros enviados por alguien que permanecía al margen, en la sombra.

En la puerta estaba el camarero. Empujaba ante sí una mesita con ruedas y parecía altamente sorprendido.

—Perdón, míster Peters. Le traigo su cena.

—Bien. Pase y déjela.

La mirada del hombre se posó sobre los cuerpos de los dos pandilleros.

—¿Ha ocurrido algo, señor?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Estos dos tipos Irrumpieron en mi habitación, con la intención de robarme, al parecer. Les he acariciado un poco, lo suficiente para que resultaran inofensivos.

—¿Desde que llame al detective del hotel, señor Peters?

—Muy bien, si hace el favor. Le espero.

Un momento después llamaban a la puerta. Era Joe Murdock, el detective, un tipo grueso y fornido, achaparrado, con cara de Sherlock Holmes. O al menos, eso se creía él.

—¿Cómo ocurrió, señor? ¿Le amenazaron con las pistolas? ¿Emplearon la violencia? ¿Qué era lo que pretendían? ¿Recibió algún

daño, señor Peters?

Vernom se echó a reír alegremente y Murdock se quedó cortado de repente. Al cabo, balbuceó, atolondrado:

—¿He dicho acaso alguna tontería?

El agente especial le observó, de pies a cabeza.

—Es posible. En primer lugar, ¿quién es usted?

—Ah, perdone. Olvidé presentarme. Soy Joe Murdock, el detective del hotel.

—¿Hace mucho tiempo que se dedica a esta profesión?

Murdock bajó los ojos, embarazado. Pero luego alzó la mirada y habló un poco sorprendido:

—En realidad, para ser sincero, he de decirle que tomé la profesión hace una semana. Antes era vendedor a domicilio.

De nuevo sonrió Murdock, ahora sin ironía:

—Muy bien, Murdock. Espose a estos dos hombres y llévelos al precinto policíaco más cercano. Presentaré una denuncia: atraco a mano armada.

El detective se le quedó mirando durante unos segundos antes de comenzar a moverse.

CAPÍTULO VIII

Vernom apuró su zumo de naranja con delectación y se acercó al balcón.

Sus ojos se posaron sobre los agujeros que exhibía el cristal, y luego siguieron la imaginaria trayectoria que habían dibujado las balas hasta clavarse en la pared frontal.

El sol entró a raudales en la *suite* cuando apartó la cortina.

Cinco minutos después, estaba seguro de una cosa: el tirador que disparara contra él la noche anterior lo había hecho desde un plano inferior al de su habitación.

Enfrente se alzaba un moderno edificio de diez plantas. Stuart, el camarero, le había informado que el edificio estaba dedicado a oficinas comerciales: un Banco, una agencia de exportaciones, etc.

A la izquierda aparecía otro edificio. Se trataba de una casa de cuatro pisos, rodeada de un pequeño jardín descuidado, que parecía un reliquia del pasado. También allí podía haberse ocultado su desconocido agresor: la trayectoria ascendente resultaba ideal.

En cualquier caso, Vernom pensaba comprobarlo cuanto antes. Caminó hasta el lavabo y echó una ojeada a la herida del muslo: tenía buen aspecto y aparecía casi cerrada. Por otra parte, había probado a caminar sin sufrir la menor molestia.

Comenzó a vestirse. Estaba terminando, cuando el teléfono comenzó a repiquetear.

—Buenos días, señor Peters. Aunque es posible que no terminen para usted muy bien. Anoche tuve suerte, eso es todo.

—Ah, es usted, señor asesino. Espero que sus pistoleros guarden un bonito recuerdo mío: no creo que puedan evitar cuatro o cinco años de prisión. Para usted serán treinta o tal vez...

—¿Qué?

—Tal vez la silla eléctrica.

Hubo un silencio al otro lado del hilo, solo interrumpido por un distante rumor continuo, como de máquina de escribir.

—No me haga reír, Peters. Usted no vivirá las horas suficientes para llegar a conocer mi identidad. Por otra parte, nadie podría probar que he movido un dedo contra usted.

—Sí, ¿eh? Es posible que esté tomando esta conversación en cinta magnética, mi querido míster «Killer».

Su comunicante farfulló algo ininteligible y de nuevo aquel rumor

sincopado llegó claramente a los oídos del agente especial.

¡Ya estaba! Era un teletipo, estaba seguro, un aparato de los que emplean las redacciones de los periódicos, los Bancos y las empresas importantes.

—No me va a asustar, Peters. Sé que una cinta magnética no tiene valor de prueba ante un tribunal. ¡Cúidese, señor Peters, porque es muy posible que reciba una sorpresa desagradable cuando menos lo espere...!

Colgó y Vernom se retiró del aparato con una sombra de perplejidad en los ojos. No sentía temor ante las amenazas del desconocido mister «Killer», pero una idea se iba abriendo paso claramente en su cerebro.

Volvió a tomar el micro y llamó a conserjería.

Dos minutos después el obeso detective del hotel Vendôme hacía su aparición.

—¿Y bien, señor Peters?

—Necesito una pequeña información, Murdock. Estoy seguro de que usted conseguirá obtenerla.

—¿De qué se trata, señor Peters? —Murdock parecía bien dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de poder demostrarle que servía para algo.

—De buscar un teletipo. Venga —le llevó hasta el balcón y señaló el edificio que se erguía enfrente—. En alguna de esas oficinas utilizan un teletipo, estoy seguro. Pues bien, Murdock, ¿podría hacerlo?

—Cosa fácil, señor Peters. Lo resolveré desde el teléfono. Llamaré a todas las oficinas, una por una, fingiéndome agente vendedor de aparatos electrónicos. Estoy seguro de que alguien me responderá que ya tiene un teletipo.

Vernom observó con nuevo interés al grueso Murdock. Una sonrisa se dibujó en sus atractivas facciones cuando le animó:

—¡Bravo, Murdock! Es una buena idea, confío en que dará resultado. Tenga, esas llamadas le originarán gastos. ¿Tendrá bastante con esos veinte dólares?

La sonrisa se hizo más amplia en la cara de Murdock.

—¡Por supuesto, por supuesto, señor Peters! Subiré a verle cuando haya logrado lo que buscamos, ¿de acuerdo?

—Voy a salir dentro de unos instantes, Murdock. Pero espero estar en el hotel hacia el mediodía. Puede venir entonces.

—Bien, señor Peters. Confíe en mí.

Vernom terminó de vestirse. Tomó su muleta en la mano derecha y salió. Realmente no le hubiera hecho falta la muleta, pero sabía que aquel adminículo le confería un aspecto más inofensivo y desvalido.

Por otra parte, constituía un arma más eficaz.

Esperó en recepción hasta que Fred Barkin terminó de atender a unos clientes.

—Buenos días, Barkin. Diga al garaje que saquen mi coche.

—Enseguida, señor Peters.

Se separó del mostrador y aguardó sentado, mientras hojeaba distraídamente una revista.

Y de pronto, sus ojos se posaron, atentos, en aquel titular:

«¿QUE PASO CON GUSS DEVENING?»

Leyó la noticia de un tirón. En realidad, se trataba de un artículo firmado por Anthony Waymer, el redactor de la Universidad.

Waymer llamaba la atención sobre la misteriosa desaparición del profesor adjunto a la cátedra de Biología y Bioquímica, Guss Devening.

Y apuntaba la coincidencia de que Devening desapareció sin dejar rastro, precisamente cuando se encontraba dedicado de lleno a la investigación en torno al cultivo de un nuevo virus de propagación activísima.

Waymer se lamentaba acerca del hecho de que los familiares del profesor Devening no hubieran denunciado el hecho a la policía. Citaba que la última persona que había conseguido ver a Devening era Frazee Smith, un vigilante de la Universidad.

Finalmente aunque con veladas palabras, Anthony Waymer apuntaba la posibilidad de que se tratase de un caso de asesinato, con el fin de aprovecharse de los resultados conseguidos por Guss Devening.

Vernon terminó de leer y miró el título de la revista: *The Chemists Gazette*, fechada en Plymouth una semana atrás.

Se alzaba del asiento, cuando una horrrisona explosión conmovió el edificio entero.

Algunas mujeres gritaron histéricamente y una gruesa señora se desmayó en los brazos de su esposo, un tipo delgado, casi esquelético, que la recibió con un curioso gesto de resignación.

Alguien gritó que la explosión se había producido en el *parking* subterráneo del hotel. A Vernon Peters no le sorprendió demasiado la noticia.

La confusión se fue calmando poco a poco. En realidad, la calma volvió en cuanto las señoras dejaron de gritar.

Vernon se acercaba al *comptoir*, cuando vio venir hacia él a un tipo atildado, de unos cincuenta años.

—Soy el gerente del hotel, señor Peters. Por favor, ¿quiere acompañarme a mi despacho?

Le siguió. El otro esperó hasta que el agente especial tomó asiento y se sentó a su vez. Las manos le temblaban y toda su expresión revelaba una agitación intensa.

—Verá, señor Peters. Tengo que darle una mala noticia: su automóvil ha quedado destrozado y el mecánico que se disponía a sacarlo ha muerto.

Vernom entornó los ojos y exclamó, acentuando el tono de sorpresa, aunque la noticia no le había causado la menor impresión:

—¡Es terrible, señor...!

—Bitt, Harry Bitt.

—Pues como le decía, señor Bitt, es algo horroroso. ¿Cómo pudo ocurrir?

—Colocaron una bomba en conexión con el encendido, señor Peters. Cuando Gill dio al contacto... bueno, ese pobre hombre ha quedado destrozado. Su automóvil ha quedado inservible, e igualmente han resultado dañados los vehículos aparcados en las proximidades del lugar en que se produjo la explosión.

El tono de broma que Vernom había adoptado cesó al escuchar la noticia de labios del gerente.

—El automóvil no importa, míster Bitt. La compañía de seguros pagará uno nuevo. Pero ese pobre hombre, Gill... ha debido encontrar una muerte espantosa. ¿No vio nada sospechoso ese hombre, míster Bitt?

—Él, no. En cambio, Josuah Lennon, otro de nuestros mecánicos, sorprendió a un negro, un hombre alto y corpulento, husmeando por allí. Lennon no le dio demasiada importancia porque los chóferes de nuestros clientes suelen bajar al *parking* en busca de sus vehículos.

Vernom se puso en pie.

—Bien, míster Bitt, deploro lo sucedido. Tendré que alquilar un coche hasta que la compañía de seguros...

—Respecto a eso no tiene que preocuparse, señor Peters: le prestaremos uno de nuestros automóviles por el tiempo que sea necesario. Hay algo más: hemos llamado a la policía. El capitán Barton está abajo con sus hombres. Me ha dicho que desea hacerle unas preguntas.

Vernom se mordió los labios. Había escapado de una muerte segura: míster «Killer» había fallado otra vez. Había ordenado colocar aquella bomba en su querido «Mustang», creyendo que el agente especial recogería su automóvil en persona.

Pero le fastidiaba tener que entrar en contacto con la policía local. El capitán Barton quería saber por qué razón había sufrido dos atentados en menos de veinticuatro horas.

Se resignó, a menos de correr el riesgo de levantar sospechas que harían su trabajo más penoso.

—De acuerdo, míster Bitt: hablaré con la policía. Vamos.

A Bitt le molestaba aquello: era patente. Sonrió, untuoso, y denegó nerviosamente:

—¡No, no, míster Peters! He dicho al capitán Barton que no podía usted andar y me ha prometido entrevistarse con usted en mi despacho. No tardará en llegar.

Como confirmación a sus palabras, la puerta de entrada se abrió y un hombre pasó sin pedir permiso.

—Míster Peters le estaba esperando, capitán.

Barton tenía cara de perro de presa y una fortaleza nada despreciable. Tan alto como Vernom, le aventajaba en peso. Y en mala intención, según dedujo el agente especial a la vista de la aviesa expresión con que Barton le observaba.

Vernom se sentó tranquilamente, a sabiendas de que el gesto molestaría al capitán Barton.

—Dígame, señor Peters —se lanzó el policía, sin ofrecerle la mano—. ¿Cuál es su profesión, edad y domicilio habitual?

Vernom rio quedamente y apoyó las dos manos sobre la muleta de duraluminio.

—Dispara usted muy aprisa, capitán Barton. Contestaré a todas esas ansiosas preguntas... en privado.

Bitt carraspeó, visiblemente azorado, y su rostro de blandas facciones enrojeció.

—Perdón, señores. Esto... Bien, pueden hablar cómodamente. Precisamente estaba recordando que...

Desapareció al otro lado de la puerta y Barton dio un respingo cuando Vernom Peters se llevó la mano al bolsillo interior de la americana.

—Descanse, Barton —murmuró Vernom, divertido. Y alargó al policía su credencial—. Cómo puede comprobar, capitán, soy el agente especial Vernom Peters, de treinta años de edad. En cuanto a mi domicilio habitual... Bien, se lo diré cuando logre averiguarlo: hace cinco años que lo desconozco, ya me entiende.

La cordial sonrisa que bailaba en los labios del guapo Vernom Peters se le indigestó a Phil Barton, de la policía de Plymouth.

CAPÍTULO IX

—Se trata de un deporte ideal para conservar la línea. El esquí náutico adelgaza la cintura, desarrolla el busto...

Dina Devening se interrumpió al ver a Vernom Peters que descendía de un bonito «Triumph» descapotable, pintado a dos tonos. Se apoyaba con gesto sufrido en la muleta y caminó en derechura hacia el grupo de beldades en bikini que rodeaba a Dina Devening.

A Vernom no le pasó por alto la impresión que su presencia causaba entre las alumnas de la guapa Dina.

Estaba acostumbrado a que las mujeres le dispararan aquellas miradas ardientes, apasionadas...

Y, en verdad, la adoración que expresaban los ojos de aquellas jóvenes no disgustaba demasiado a Vernom: todas eran de esas mujeres a las que no les hace falta guardar la línea.

—Buenas tardes, señoritas. Sé que interrumpo su clase de esquí, pero...

Una oleada de apasionadas protestas salió de los labios de las mujeres, que no habían apartado su mirada de él, mientras se acercaba al grupo.

Incluso hubo alguna que, al reparar en la muleta sobre la que se apoyaba Vernom, exclamó:

—¡Pobrecito...!

Pero a Dina Devening sí le estaba molestando tanta adoración. Su graciosa naricilla respingona aparecía fruncida y sus ojos verdes lanzaban destellos coléricos, capaces de fulminar a un hombre menos sensato que Vernom Peters.

Pero las siguientes palabras del agente especial bastaron para apaciguarla un tanto:

—Buenas tardes, señorita Devening. Me ha costado mucho esfuerzo llegar hasta aquí. Ya sabe, mi pierna... En fin, ¿me permite interrumpir su clase unos minutos? Necesito hablar con usted unos instantes.

Había pasado su brazo sobre los desnudos hombros de ella con una frescura inaudita y la empujaba hacia la mesa más cercana, al borde de la piscina.

Mientras, la mirada de Vernom se paseaba, extasiada, sobre Dina Devening.

Una colectiva exclamación desilusionada se elevó entre las discípulas de Dina cuando vieron alejarse al apuesto inválido.

—Le encanta que las mujeres se le rindan de forma tan espontánea, ¿verdad, señor Peters?

—Llámame Vernom, como en otras ocasiones, Dina. No me interesan sus alumnas, si he de serle sincero. Sí, ya veo que lo duda, a juzgar por su expresión, pero es la verdad.

Los ojos verdes volvieron a destellar, coléricos. Habló irónicamente, recreándose en repetir sus propias palabras:

—A juzgar por su expresión, señor Peters...

—No, no va a convencerme.

Vernom carraspeó, azorado. Apartó sus ojos de los muslos de la bella profesora de esquí y trató de poner en orden sus ideas.

—Dejemos eso. Lo que me ha traído aquí es más importante —hojeó la revista que tenía en la mano y la miró rectamente a los ojos—. ¿Qué pasó con Guss Devening, Dina?

Una sombra de inquietud pasó veloz por los ojos verdes. Dina respondió, francamente nerviosa:

—No comprendo, Vernom. ¿Qué... qué significa su pregunta?

Él le puso la revista ante los ojos, observando su reacción.

—Me refiero a esto, Dina. Ahora sé muchas cosas acerca de su hermano. Puede hablar claramente: no está ante la amenaza de nadie.

Las largas pestañas que sombreaban los ojos de Dina Devening se agitaron durante unos segundos.

—Es demasiado largo, Vernom. Y demasiado doloroso...

—Pero yo puedo ayudarte, Dina. Estoy dispuesto a hacerlo, dispuesto a...

Iba a decir a rebatir la acusación del Gruñón, pero logró callarse a tiempo. La miró intensamente, tratando de infundirle confianza.

—¿Quién... quién es... quieres eres tú, Vernom?

Estuvo a punto de ser franco, porque la carita de Dina expresaba temor, espanto, soledad... Pero por encima de todo estaba el interés del FBI, el éxito en la misión que mister John Paryat le había encomendado.

—Eso... no importa, Dina. Sé que algo horrendo te amenaza, estoy seguro. Hay una sombra de misterio en tus ojos. Y puedo protegerte, puedo ayudarte de forma decisiva. ¿Lo crees?

Los ojos de Dina recorrieron el rostro, la figura de Vernom Peters. Debió sentirse satisfecha al final de su examen, porque murmuró entrecortadamente:

—Sí... sí, Vernom. Sé que puedo confiar en ti... Pero es demasiado para un solo hombre. Ellos... ¡ellos son muchos y no se detienen ante nada! ¡Estoy... estoy aterrorizada, Vernom!

No hacía falta que lo expresara de viva voz para adivinarlo: sus

hombros se agitaban, estremecidos, y un sollozo se escapó de su garganta.

Vernom la oprimió cariñosamente y le ofreció un pañuelo para secarse las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Vamos, vamos, Dina... No ocurrirá nada, te lo prometo. Y ahora dime todo lo que sepas. En primer lugar, ¿quiénes son los hombres que viven en tu casa? ¿Por qué accediste a alojarlos?

La miró con ternura mientras ella alzaba la vista, buscando sus ojos.

—Guss desapareció hace tres meses, Vernom. Realicé una pequeña investigación que no dio el menor resultado. Me quedé sin dinero, después de pagar a la agencia de detectives y la cantidad que percibo como profesora de esquí no me permite vivir. Mi casa es grande, así que, aconsejada por Matthew, decidí alquilar algunas habitaciones. El profesor Tuckermann me recomendó a George Jones, a Bert Wolf y a Joe Owens...

—Esos tipos... ¿no te parecieron sospechosos?

—No me gustó su aspecto, pero Guss consideraba a Tuckermann un amigo y por otra parte me adelantaron un mes de alquiler. Jones, Wolf y Owens comenzaron a registrar la casa de forma disimulada. Hace unos días...

Según Dina, una noche había sorprendido al negro y a Jones arrastrando el cuerpo de un hombre.

—Matthew me convenció de que había visto visiones, cuando lo puse en su conocimiento, Vernom.

—Espera, ¿pudiste ver las facciones de aquel hombre, del que arrastraban Owens y Jones?

—La luz del pasillo estaba encendida. Estaba bien asustada que no pude observarle bien, pero me pareció bajito, delgado, con bigote...

Vernom Peters chasqueó los dedos y una lucecita de interés apareció en sus ojos.

—¡Ya está! ¡El cadáver que encontré en el cajón del armario! Lo recuerdas, ¿verdad? Estoy seguro de que lo hicieron desaparecer mientras yo salí al pasillo, llamando a Matthew. Él lo sabía, Dina, no me cabe la menor duda.

—¿Matthew? ¡Espera, Vernom...! Ahora recuerdo que sorprendí a mi mayordomo en una ocasión registrando la biblioteca de Guss... Todos buscan lo mismo... como perros rabiosos.

—Buscan... ¿qué, Dina?

Ella le miró fijamente y el miedo estaba en lo más hondo de aquellos hermosos ojos verdes, casi fosforescentes.

—Guss no ha muerto, Vernom. Quince días después de su desaparición, el profesor Tuckermann vino a verme. Parecía muy

preocupado cuando me mostró la carta anónima que había recibido aquel mismo día. A mi hermano lo habían raptado... los raptos exigían al profesor que les entregase el resultado de las últimas investigaciones de Guss, relacionadas con un hidrovirus peligrosísimo que podría ser empleado como arma bacteriológica. Pero el profesor no tenía aquellos documentos.

—¿Tuckermann estaba al corriente del trabajo de tu hermano, Dina?

—Me aseguré que no, que no sabía nada de ello.

Me pidió que buscara entre las cosas de Guss, que encontrara las fórmulas que solicitaban los raptos. Lo hice, pero inútilmente. No encontré nada. Sé que ellos. Jones, Wolf y el negro buscan lo mismo. No sé si lo habrán encontrado, aunque opino que no, pues en caso contrario habrían dejado libre a Guss.

Vernom tuvo que sonreír ante aquella ingenua opinión.

—Dime, ¿qué pruebas tienes de que tu hermano siga viviendo?

—En la carta que me enseñó el profesor Tuckermann, los raptos decían que me llamarían una vez a la semana, siempre a hora distinta, para evitar que su teléfono pudiera ser localizado. Podría escuchar la voz de Guss si me comportaba de acuerdo con sus deseos.

—¿Llegaste a oírlo?

—Sí, han cumplido su palabra, aunque no he podido entregarles lo que buscan.

—¿Estás segura de que es su voz? ¿Qué es lo que te dice Guss?

—Es su voz, estoy segura. Tiemblo cada vez que oigo las palabras de ese tipo, hablando lenta y calmadamente, como sin prisas. Luego se escucha un grito y la voz de mi hermano, rota, llena de angustia. Murmura algo que no tiene sentido: «¡Cuidado, cuidado, Dina! Esto es como el tormento de Macchiavello...»

—¿Siempre oyes lo mismo, Dina?

—Exactamente las mismas palabras.

—Y... ¿no has pensado que pudiera tratarse de una grabación magnetofónica? ¿Qué es posible que Guss haya muerto?

La vio palidecer, expresar una angustia lenta y obsesionante.

—¡No, Vernom, no es posible que Guss haya muerto! O quizá...

Se interrumpió de pronto, los ojos muy abiertos.

—Sí, ahora lo veo claramente. Lo han matado, lo han torturado hasta terminar con su vida.

Estalló en sollozos entrecortados. Sus finos hombros se estremecían violentamente y Vernom sintió una inmensa ternura por aquella Venus con cara de niña.

—Lo vengaremos, Dina, si es cierto que ha muerto. Deja de llorar,

tienes que decirme muchas cosas.

Hablaron durante largo rato. Las alumnas de Dina se impacientaban ya cuando, finalmente, Vernom se puso en pie.

—Hay algo que no comprendo. Si las personas que raptaron a Guss necesitaban tu ayuda para encontrar esos documentos, ¿por qué intentaron eliminarte? Recuerda que Martenski y el otro te arrojaron al agua después de golpearte.

Dina terminó de enjugarse las mejillas y devolvió el pañuelo a Vernom con un gesto de determinación. Sus ojos se habían quedado inmóviles, como muertos, cuando murmuró:

—Yo tampoco lo entiendo. A menos que hayan llevado a la conclusión de que nada pueden obtener de mí. Y en ese caso, volverán a intentar matarme.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Vernom al considerar la certeza de la deducción de ella.

—Entonces... estás en peligro inminente, Dina. Tendré que cuidarme de ti, vigilarte día y noche. ¿Hay una habitación libre en tu casa?

Las mejillas de Dina volvieron a teñirse con su color habitual.

—¡Por supuesto! ¡Vernom, no sabré agradecerte bastante tus cuidados, tu ternura...!

El agente especial la miró de pies a cabeza, lentamente, como valorándola. Con tanta intensidad que ella se ruborizó hasta las orejas.

—Puedes empezar a agradecermelo, nena. Te esperaré, Dina. Y te llevaré a casa. Mientras, telefonearé al hotel Vendôme para que envíen mi maleta allá.

CAPÍTULO X

La mujer que cuidada de la señora Drugger era todavía joven y atractiva, aunque su cara, excesivamente larga y angulosa, le daba un aspecto seco y adusto.

Sin embargo, no era insensible a los halagos. Sonrió, complacida, cuando Vernom Peters comentó:

—Tiene usted razón, señorita Richardson. Comprendo perfectamente que desespere en ocasiones, cuidando a la señora Drugger. Siempre he admirado a las enfermeras, señorita Richardson, créame.

Herta Richardson se esponjó de gusto ante el cumplido, e hizo pasar a Vernom.

—No espere gran cosa, señor Peters. Por desgracia, el mal de la señora Drugger no tiene solución. En realidad, su sitio estaría en un manicomio. Pero ya se sabe, su familia es gente rica, encumbrada, y pueden permitirse pagarme seiscientos dólares al mes.

—Lo comprendo, *miss* Richardson. ¿Es peligrosa la señora Drugger?

Ella se detuvo ante la entrada del *living* decorado a la antigua y denegó con la cabeza.

—Oh, no, nada de eso. Es inofensiva, es decir, no es potencialmente peligrosa. Solo es diabólicamente entrometida y enredosa. Inventa cada día una nueva historia alucinante. Su mente es verdaderamente fantástica, y, por otra parte, elabora tan hábilmente sus mentiras que hasta resultan lógicas.

Vernom enarcó interrogativamente una ceja y la solterona Richardson se apresuró a explicarse:

—Verá; hace unos días la oí relatar en voz alta que había presenciado el asesinato de un caballero en casa de nuestros vecinos, los Devening. Murmuraba palabras como *chivo*, *negro*, *pistola* y cosas así. ¡Figúrese, a quién se le ocurre imaginar que en casa de los Devening pudiera ocurrir una cosa así!

El agente especial escuchaba a *miss* Richardson con un interés superior a lo que dejaba traslucir su expresión, sonriente y comprensiva.

Ella le guio hasta la maciza escalera de roble, mientras continuaba hablando.

—Está llena de manías. Le encantan las tinieblas y odia la claridad.

Jamás sale cuando luce el sol y viste siempre de una forma espantosa. No he podido lograr que cuide su aspecto, porque grita horriblemente cada vez que le llevo la contraria.

Se había detenido ante una puerta labrada en roble, barnizada.

—Al llegar la noche, debo encerrarla en su habitación para evitar que ande por ahí, molestando a nuestros vecinos, señor Peters. A pesar de ello, la señora Drugger ha logrado burlar mi vigilancia en varias ocasiones.

No dijo que las fugas de la vieja se habían producido mientras ella dormía la borrachera, tendida sobre un diván del *living*. A nadie le interesaba que a la señorita Richardson le gustase el *scotch* un poquito.

—Por favor, no se asuste si ve algo desacostumbrado. Con la señora Drugger nunca se sabe...

El ambiente de aquella casa era tétrico y desagradable. Un olor dulzón, insano, se respiraba en el interior.

La enfermera corrió el cerrojo que cerraba la puerta por fuera y dejó el paso libre a Vernom.

La habitación era inmensa y olía a orines de gato. Solo había una lámpara de pie, junto al amplio lecho con dosel situado al fondo.

Vernom avanzó un par de pasos y un alarido infrahumano le heló la sangre en las venas.

El gato se estrelló contra el quicio de la puerta en su alocada huida y desapareció entre las piernas de *miss* Richardson, que no pareció impresionarse en absoluto.

Junto a la lámpara de hierro había una mesa tallada. Y una figura fantasmal hojeaba un grueso volumen bajo la luz amarillenta.

—Pase, pase, señor Peters —dijo la enfermera, precediéndole en dirección a la persona que miraba hacia ellos en aquel instante, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Era ella, la señora Drugger, la misma que Vernom había visto junto a la ventana del dormitorio de Guss Devening.

—Este es míster Vernom Peters, señora Drugger. Ha venido a visitarla, quiere hacerle unas preguntas.

Vernom adelantó unos pasos hacia ella y se quedó de pie, a cierta distancia.

—¿Me recuerda, señora Drugger? —preguntó.

La vieja le miró insistentemente, con una fijeza que impresionaba. Luego estaban aquellos párpados caídos, sanguinolentos. Sus ojos se hundían en las cuencas de forma inverosímil.

De pronto, la vieja dio un salto y se puso en pie, gritando de forma espeluznante:

—¡Atrás, Macchiavello Macchiavelli! ¡Has salido de tu tumba para

torturarme!, ¿verdad, maldito?

Su expresión denotaba un terror tan abominable, que Vernom parpadeó, sintiendo una gran conmiseración hacia la pobre demente.

Miss Richardson sujetó a la vieja por los hombros y miró al agente especial.

—Ya se lo dije, señor Peters. Mezcla habitualmente la realidad con la fantasía, y, sin duda, le ha confundido con el personaje de ese librote que está leyendo. No creo que logremos nada razonable.

—Lo intentaré de todas formas... si me lo permite, *miss* Richardson.

Se acercó a la señora Drugger y habló con el tono más reposado y convincente:

—No soy Macchiavello, mi querida señora Drugger. Soy Vernom Peters. Usted me vio en casa de los Devening, ¿recuerda?

La vieja se había encogido entre los brazos de la enfermera al ver acercarse a Vernom, pero, poco a poco, las palabras lentas y tranquilizantes fueron surtiendo su efecto.

Luego, su mirada adquirió mayor brillo, parpadeó varias veces, y tomó asiento de nuevo.

—¿Recuerda, señora Drugger? Usted estaba en la ventana y me dijo que había un cadáver en el armario. Era cierto. Pero cuando volví del pasillo ya no estaba en aquel lugar. ¿Vio usted a la persona que se lo llevó?

Súbitamente, la anciana se puso a chillar, alterada:

—¡Siiii...! Sé quién se lo llevó: fue el negro, que entró por la ventana.

Vernom la miraba con un interés que iba *in crescendo*.

—Muy bien, señora Drugger. Ahora intente recordar, ¿quién mató a aquel hombre? Era delgado y bajito, con bigote, ¿lo recuerda, verdad? Usted lo vio todo, estoy seguro... ¿Quién lo hizo?

La vieja se agitaba de tal forma, que su enfermera casi se veía impotente para retenerla sobre la silla. Parecía imposible que aquel manojo de huesos y nervios tuviera tanto empuje.

—¿Lo vio, señora Drugger? ¿Fue el negro, quizá?

—¡Noooo...! —estalló al fin, y su cuerpecillo se estremecía de terror—. No fue el negro. Fue el viejo chivo. Se acercó por detrás con la pistola que no hacía ruido y... ¡puf...! ¡Lo mató!

«El viejo chivo» había dicho la anciana. Y la respuesta le llegó a Vernom por sí misma: Tuckermann, el profesor Tuckermann, con su ridícula barbita.

—Escuche, señora Drugger; el «viejo chivo»... ¿usaba lentes?

La vieja volvió a chillar estridentemente y sus ojos se desorbitaron.

—¡Sí, tenía lentes! Y brillaban, brillaban mucho, cuando apareció en la puerta, mientras el negro y el otro sujetaban al pequeñín. ¡Pobrecito, Pobrecito...! ¡Chillaba entre los brazos del negro...! Pero el viejo chivo se acercó lentamente por detrás, levantó la pistola y...

Comenzó a reír a carcajadas. Una risa tan chirriante, tan desgarrada, que Vernom se estremeció, a su pesar.

Todo aparecía claro ahora en el esquema mental que el federal había esbozado.

—Eso es todo, señora Drugger. Le agradezco mucho su ayuda.

Caminó hacia la puerta, seguido de la enfermera. Ya estaba cruzando la puerta, cuando la anciana volvió a chillar, puesta en pie. Anduvo varios pasos en su dirección, blandiendo las afiladas uñas en el aire.

—¡Y a ti también te matarán! ¡Te matarán, te matarán, te...!

Miss Richardson cerró la puerta con cerrojo y se volvió a Vernom.

—Discúpela, señor Peters. No sabe lo que dice. De cuando en cuando tiene arrebatos que...

El agente especial bajaba ya la escalera, cuando la enfermera le detuvo por el brazo.

—Espere, señor Vernom. Todo eso que ha dicho la señora Drugger... no será cierto, supongo. Será una de sus múltiples alucinaciones, está claro...

—Supone mal, en este caso. Porque todo, absolutamente todo lo que nos ha contado la señora Drugger es verdad.

Miss Richardson se echó hacia atrás como si la hubieran abofeteado.

—¡No es posible, no puedo creerlo...!

Le acompañó hasta la puerta, pensando que era una pena que los visitantes, fuertes y apuestos como Vernom Peters, no llamasen más a menudo a aquella puerta.

Pero él ya se volvía en la puerta, apoyado ligeramente en la muleta.

—Escuche, *miss* Richardson; evite por todos los medios que la señora Drugger vuelva a escaparse. Al menos durante los próximos días. Podría ser sumamente peligroso para esa pobre anciana.

Saludó con la mano y se alejó caminando hacia la mansión de los Devening.

Herta Richardson aún permaneció un minuto en la puerta, viéndole alejarse. Sus labios seguían murmurando aquella cantinela:

—¡No es posible, no puedo creerlo...!

CAPÍTULO XI

A las diez de la noche, Vernom Peters detenía su «Triumph» ante un *snack-bar* y caminaba despacio hasta la entrada, apoyado en aquella muleta que maldita la falta que le hacía.

La herida se había cerrado y no le molestaba en absoluto. Pero sabía muy bien que la muleta le confería un aspecto desvalido, inofensivo, que le convenía acentuar.

Buscó con la vista el teléfono y lo encontró al fondo. No se había atrevido a telefonar desde la casa de Dina Devening; había muchos oídos indiscretos que tratarían de escuchar.

Marcó el número lentamente y se volvió hacia la entrada. Hubo de esperar varios segundos antes de que al otro lado levantasen el micro.

—¿Qué diablos...? —fue lo primero que escuchó. Y aquello le hizo comprender que era míster John Paryat, en persona, el que hablaba al otro lado.

—Soy Vernom Peters, míster Paryat.

Hubo de tapar el micro durante unos segundos. El Gruñón estaba despotricando a placer.

—Escucha, Peters, ¿quién se ha creído que es usted? ¿Acaso míster Richard Nixon en persona? ¡Hace casi cincuenta y ocho horas que no tengo noticias tuyas!

—He estado sumamente atareado, míster Paryat. He estado a punto de morir en varias ocasiones, pero he adelantado bastante en la investigación. A partir de esta misma tarde, me alojo en la mansión de los Devening. Sería aconsejable que no me llamase allí. Yo le llamaré cada noche, si no tiene inconveniente.

—Está bien, hágalo. Y procure no volver a interrumpir mi partida de ajedrez. ¡Es algo que no puedo sufrir!

«¡Viejo solterón!», pensó *in mente* Vernom. Seguro que pasaba las noches jugando al ajedrez en compañía de alguna vieja momia como él.

—Oh, lo siento, míster Paryat. Ignoraba que estuviese acompañado. Escúcheme: necesito que Identificación me facilite datos acerca de estos nombres: George Jones, Bert Wolf, Joe Owens...

—No es necesario, Peters. Los conocemos muy bien; a los tres le salieron los dientes explotando asuntos podridos. Últimamente habían cambiado de métodos. Se dedicaban algo más lucrativo: espionaje, ¿comprende?

—Entonces... eso quiere decir que usted me envió contra Dina

Devening porque ella les alojó en su casa, ¿es cierto?

—Exactamente.

—Lo siento, míster Paryat, pero la chica no tiene nada que ver en este asunto. Alguien secuestró a su hermano, un profesor de Biología y Bioquímica, un privilegiado, al parecer, que realizaba experimentos en relación con un hidro-virus peligrosísimo. Temo que Guss Devening haya muerto a estas alturas, jefe.

La exclamación de asombro del Gruñón fue claramente perceptible.

—Eso es muy grave, Peters. ¿Está seguro?

—Completamente, míster Paryat. Verá...

Le explicó todo cuanto le había ocurrido desde que llegara a Plymouth, minuciosamente. Cuando terminó, el Gruñón inquirió, vivamente interesado:

—¿Se ha entrevistado ya con ese hombre, ese tal Murdock?

—No, míster Paryat. Tuve que acompañar a Dina a su casa y posteriormente decidí realizar una visita a la señora Drugger, como le he dicho. Trataré de encontrarle esta misma noche. Su informe puede ser valiosísimo.

—Muy bien, Peters. Hágalo. Y Cuídese, muchacho. Corren vientos peligrosos por la tranquila Plymouth. ¿Quiere que le envíe ayuda?

—Si los acontecimientos suceden como preveo, no hará falta. Ya ve que sé moverme aceptablemente... con mi muleta.

—De acuerdo. Ah, otra cosa. Cuando vuelva a llamarme, asegúrese antes de que no estoy acompañado, ¿comprende?

Asintió sin comprender muy bien y colgó. «Asegúrese antes de que no estoy acompañado», había dicho el Gruñón.

Míster John Paryat volvió despacio al cómodo *living* donde un hombre esperaba ante el tablero de ajedrez.

—¿Impaciente, Bill? Descuida, proseguiremos nuestra partida. ¿Quién mueve? —preguntó Paryat.

—Alguno de tus agentes, supongo, ¿eh, John? Inconvenientes de pertenecer al FBI; no puedes descansar nunca. ¡No, cuidado! No muevas esa ficha, viejo polizonte; es una trampa. Dejarías al descubierto tu reina.

El amigo de míster John Paryat se expresaba lenta y calmamente, sin prisas, pronunciando cuidadosamente cada palabra.

—Lo siento, míster Peters. Joe Murdock desapareció esta misma tarde. Pidió permiso para realizar una gestión. He de llamarle la atención, aún no ha vuelto —aseguró Harry Bitt, moviendo la cabeza

en gesto reprobatorio.

—¿Puede indicarme el domicilio de Murdock, míster Bitt? —preguntó Vernom con una sonrisa cortés.

—Por supuesto, por supuesto. Espere un segundo, se lo anotaré en una tarjeta del hotel. Y de nuevo le repito mi pesar, señor Peters. Deploro que su estancia en nuestro hotel resultase accidentada. Ah, por cierto. El capitán Barton me preguntó por usted. Le di su dirección. Espero haber obrado de acuerdo con sus deseos.

Vernom estaba maldiciendo la untuosa oficiosidad del gelatinoso Bitt, pero la sonrisa irónica no desapareció de su rostro al retrucar:

—Por supuesto, por supuesto, señor Bitt.

Con la fundada sospecha de que Vernom Peters se burlaba de él, Harry Bitt se alejó hacia el *comptoir* para volver un momento después con la dirección de Murdock.

¿Qué podría haberle ocurrido al detective? Vernom puso en marcha el automóvil y echó un vistazo a la tarjeta que Bitt acababa de entregarle.

Clirtwide Street, 221, planta 6.^a.

Una calle apartada, ubicada en los suburbios. Vernom condujo durante media hora a buena velocidad, saliendo al extrarradio.

La calle Clirtwide era una vía estrecha bordeada de automóviles aparcados junto al encintado, apenas suficiente para permitir el tráfico.

Vernom aparcó en el primer hueco que pudo encontrar y caminó a pie, con lentitud, hasta el 221.

No pudo evitar la curiosidad del portero. Era un hombrecillo calvo, con gafas, que asomó su perfil de hurón por la ventanilla.

—Buscó a Joe Murdock.

—Planta sexta —dijo el hombrecillo. Y agregó con una mueca—: No creo que pueda verle, debe encontrarse enfermo. Precisamente, hace menos de una hora le trajeron dos amigos. Dijeron que se había sentido mal de repente. Verdaderamente no parecía encontrarse muy bien, porque se tambaleó al tomar el ascensor.

—Dígame: esos «amigos», ¿subieron con él a su apartamento?

El portero debía ser un charlatán de campeonato, porque se lanzó a la conversación con un empeño digno de mejor causa.

—Sí. Le sujetaban entre los dos y le metieron en el ascensor. Bajaron poco después, asegurándose que le habían dejado acostado. Me pidieron que no dejase pasar a nadie, que no le molestasen.

Vernom estaba comenzando a comprender el interés que animaba a aquellos «amigos» de Murdock. Pero el hombrecillo de la portería continuaba charlando sin tregua:

—Me hizo sospechar su aspecto, ¿sabe? Los dos vestían trajes de

confección y tenían cara de... Bueno, usted ya me comprende: gente de pistola, pandilleros.

Vernom pidió al portero que se los describiese. Desconocidos, fue la conclusión a la que llegó tras la explicación del hombrecillo.

—Sería mejor que no subiese, señor. Los amigos del señor Murdock me entregaron diez dólares a condición de que no dejase pasar a nadie.

Cogió diestramente el billete que el agente especial le tendía con una sonrisa sarcástica y señaló al ascensor con la mano.

—Puede subir. Al fin y al cabo, si es usted de la familia de Murdock no puedo negarme.

Vernom pasó a la cabina y pulsó el botón número seis, pensando, sin dejar de sonreír, en el montón de sanguijuelas con que a menudo se tropieza uno por esos mundos.

La chapa dorada decía claramente: «Joseph Murdock». Sacó el pañuelo y giró el picaporte de la puerta.

Con la pistola en la mano izquierda, Vernom avanzó a oscuras sirviéndose de la muleta como lazarillo, hasta encontrar el interruptor de la luz.

Era una modesta *suite* de viejos muebles repetidamente barnizados. La atravesó en dirección a la puerta del fondo. La cama estaba vacía, ni rastro de Murdock.

Y, sin embargo, al oprimir el picaporte de la entrada del baño, Vernom Peters sintió una premonición.

Que se convirtió en evidencia al contemplar la carnicería que habían hecho con el grueso detective.

Murdock yacía dentro de la pequeña bañera. Sus ropas estaban destrozadas y la cara aparecía completamente desfigurada.

Estaba muerto, por supuesto.

A golpes.

Reprimiendo la repugnancia que le asaltaba, Vernom buscó una herida de bala o arma blanca, sin encontrarla.

Estaba claro: a Joe Murdock lo habían matado a golpes, a puñetazos. La multitud de heriditas que cubrían su cara parecía indicar el uso de un instrumento contundente; una manilla de acero, adaptable a la mano.

Cacheó sus ropas con movimientos precisos; la documentación, algunos billetes pequeños, cigarrillos. En el bolsillo de la americana había una cuartilla cuidadosamente doblada.

Leyó la nota mecanografiada de un tirón:

«Murdock era un curioso impertinente. Como usted mismo, Vernom Peters. Por desgracia, Murdock no podrá decirle nada.

Hay un proverbio árabe que le convendría estudiar: “Cuando las barbas de tu vecino veas quemar...” Es el último aviso, señor Peters. Después...»

Vernom sintió que un espasmo le obligaba a estremecerse. Míster «Killer» no se detenía ante nada. Y la prueba más concluyente era el cadáver, destrozado con saña, del detective del hotel Vendôme, un hombre sin importancia, al que había encargado una sencilla investigación.

Se guardó la nota en el bolsillo del pantalón y cerró la puerta del cuarto de baño, sirviéndose del pañuelo.

Míster «Killer» se había equivocado en una cosa. En la nota había escrito: «Murdock no podrá decirle nada». No era cierto. El hecho de que el detective hubiera sido asesinado, bastaba para hacerle comprender que su idea era buena. Murdock habían encontrado a alguien que ya tenía un teletipo.

Retrocedió hasta el *living* y sus ojos se detuvieron sobre el teléfono que había sobre una mesita.

Levantó el micro y marcó lentamente un número.

—¿Capitán Barton? Acérquese al 221 de Clirtwide Street. Un cadáver le está esperando.

—¡Espere! ¿Quién es usted?

Pero Vernom ya había colgado el micro y abandonaba el apartamento.

CAPÍTULO XII

Eran las doce de la medianoche, cuando Vernom Peters frenó su automóvil ante la escalera que daba entrada a la mansión de Dina Devening.

Matthew apareció en el vestíbulo, rígido y hermético, cuando el agente especial empujó la puerta con la maleta.

—La señorita Devening está aguardándole, señor Peters.

Vernom escrutó con descaro las facciones del mayordomo. Con tanta fijeza, que finalmente Matthew, ¡oh, milagro! parpadeó.

—Bien, Matthew. ¿Preparó mi habitación?

—Desde luego, señor. Su maleta está en el armario.

Vernom conocía el camino, de forma que se desentendió de Matthew y entró en el *living*.

Dina Devening estaba recostada en un diván, hojeando una revista de modas. Vestía un vaporoso *négligée*.

Se puso en pie de un salto al verle aparecer y su carita resplandeció de alegría.

—¡Gracias a Dios...! ¡Al fin llegaste, Vernom! Estaba temiendo que te hubiese ocurrido algo.

Estaba tan bonita, tan atractiva, y tenía tal gesto de ansiedad en sus ojos, que Vernom no pudo resistir la tentación de besarla por segunda vez en aquel día.

—Ya ves que nada me ha ocurrido. ¿Jones, Wolf, el negro...? —preguntó Vernom. Y ella captó inmediatamente el sentido de sus palabras.

—Hace tiempo que desfilaron hacia sus habitaciones. Es tarde, Vernom, ¿cenarás algo?

—No, Dina. He tomado un *sándwich* en una cervecería. Escucha, he logrado un juguete para ti —mostró el pequeño revólver que había sacado del bolsillo y se lo entregó.

—¿Crees que será necesario?

—Nunca se sabe. Cierra por dentro la puerta de tu alcoba y dispara a través de la hoja si alguien intenta entrar. ¿Sabrás hacerlo?

—Creo... creo que sí, Vernom. Me asustas. ¿Acaso temes...?

—Es mejor estar preparados. Escucha... —le contó en breves palabras lo sucedido a Joe Murdock—. Sé que mister «Killer» no se detendrá ante un asesinato más o menos, ¿comprendes?

Ella asintió sin palabras y sus labios se agitaron, trémulos. Luego

llamó al mayordomo.

Matthew apareció en la puerta como un fantasma.

—Acompañe al señor Peters a su habitación, Matthew.

Yo también me acostaré enseguida.

—Bien, señorita Devening.

Vernom estaba temiendo que le hubieran asignado la alcoba de Guss Devening. Sin embargo, Matthew le guio hacia el extremo opuesto de la casa.

—Deseo al señor que tenga una noche tranquila —dijo Matthew ante la puerta. Y Vernom creyó percibir una nota irónica en sus palabras.

Cerró la puerta y echó una ojeada a la habitación: era amplia, con un lecho moderno y cómodo, unas cuantas sillas y un gran armario de nogal situado a la izquierda, muy cerca de la puerta.

También había una ventana al fondo. Vernom cerró las gruesas contraventanas de madera, pensando que al menos por allí no podría deslizarse ningún intruso.

A continuación abrió las dos puertas del armario: estaba vacío, al igual que el gran cajón. El lavabo era una pequeña y limpia pieza, sin mayor importancia.

En cambio, la llave de la puerta de entrada no apareció por ninguna parte. Por un instante, Vernom estuvo tentado de llamar al mayordomo. Finalmente no lo hizo: de todas formas no iba a poder dormir.

—Matthew ha preparado a conciencia su *mise en scène* —murmuró el agente especial mientras se desprendía de la chaqueta. La colocó sobre una silla, así como la camisa, junto a la muleta metálica.

Deshizo la cama en un instante y colocó la almohada bajo las sábanas, de forma que produjera la impresión del bulto de un hombre. Luego se retiró unos pasos y contempló su obra, satisfecho.

Con la funda pistolera ajustada sobre la camiseta, Vernom apagó la luz. La estancia quedó sumida en la más intensa oscuridad.

La débil llamita del encendedor fue suficiente para permitirle caminar sin tropiezos hasta el armario. Se introdujo dentro y dejó la hoja entornada, de forma que pudiera mirar a través de la estrecha rendija.

Comenzaba ahora la parte más angustiosa de la caza: la espera, el aguardo. Los nervios se desatan fácilmente cuando se espera a un asesino.

Recostándose de la forma más cómoda dentro de su improvisado observatorio, Vernom metió la mano en su bolsillo y sacó aquel cilindro alargado: un silenciador.

Lo acopló con movimiento experto al cañón de la pistola y devolvió el arma a la pistolera.

El tiempo fue transcurriendo con una lentitud exasperante. Vernom veía correr el segundero luminoso de su reloj, consultando la hora a cada momento.

Las cero cuarenta y cinco, la una, la una quince, la una treinta...

Había transcurrido más de una hora y el agente especial comenzaba a desesperar de que su operación alcanzase el éxito.

Las manecillas de su reloj marcaban las dos diez, cuando un leve rumor se produjo junto a la puerta de entrada.

Con los músculos tensos, Vernom vio abrir la puerta. Una silueta inconfundible se recortó a la luz que provenía del pasillo.

—¡Matthew...! —susurró el federal.

El mayordomo portaba una linterna en la mano izquierda. Avanzó, cerrando la puerta a sus espaldas. El haz luminoso se dirigió hacia el lecho.

Luego, el intruso anduvo unos pasos hasta la silla y agarró la muleta metálica con la derecha.

Con una furia salvaje golpeó el bulto que había sobre la cama. Una, dos, tres... hasta quince veces.

Matthew agarraba ya el borde de la colcha para comprobar la eficacia de sus golpes, cuando la voz de Vernom comentó, burlona:

—Una noche tranquila, ¿eh, Matthew? —se había deslizado fuera del armario y oprimió el interruptor de la luz central.

El mayordomo respingó hacia atrás y sus ojos reflejaron la sorpresa infinita que le paralizaba.

—Dígame, Matthew, ¿quién le pagó por esto? ¿El profesor Tuckermann, quizá?

Vernom nunca pudo imaginar la desesperada reacción del mayordomo. Pero lo cierto fue que Matthew saltó hacia él de repente, enarbolando en alto la peligrosa muleta.

El primer golpe lo esquivó a duras penas. Sin embargo, el mazazo dirigido a la cabeza, golpeó dolorosamente el hombro del agente especial.

Ya el mayordomo volvía a elevar la muleta, con ímpetu diabólico.

Vernom Peters disparó una sola vez. El apagado «flap» del silenciador pareció sorprender a Matthew, pero la bala que se alojó en su cerebro fue suficiente para detener su movimiento.

Sus brazos perdieron impulso, y Vernom hubo de darse prisa para agarrarle antes de que golpease contra la silla.

—Condenado tozudo... —murmuró, al tiempo que se inclinaba sobre el cadáver para registrar sus bolsillos—. Ha preferido morir antes

de hablar.

Estaba volviendo los bolsillos del pantalón, cuando se envaró al escuchar aquellos pasos.

A toda prisa, Vernon alzó en vilo el cadáver y lo metió entre las sábanas, cubriendo su cabeza con la almohada. Escondió la muleta bajo la cama, recogió la linterna de Matthew y saltó hacia el interruptor de la luz.

Volvió a introducirse en el armario. Justamente a tiempo, porque los pasos acababan de detenerse ante su habitación.

La puerta se abrió lentamente, con un leve chirrido. Un negro de elevada estatura y anchos hombros se siluetó un instante en la entrada y avanzó hacia el interior, desplazándose como un felino.

—Owens... —musitó Vernon desde el armario. Extrajo el arma de su funda y esperó.

Pero dos hombres más penetraron a continuación en el dormitorio. Avanzaban de puntillas, portando en la mano algo que producía metálicos reflejos.

«Jones y Wolf. Curiosa procesión nocturna», murmuró el agente especial. Y hubiera sonreído de no encontrarse en una situación tan comprometida.

Los tres pistoleros rodeaban el lecho y sus intenciones no dejaban lugar a duda.

—Es él, estoy tocándole —siseó el negro.

—Entonces... ¡mátale! ¿A qué esperas?

Vernom abrió unas pulgadas la hoja del armario y asomó la cabeza. Al tenue resplandor que llegaba desde el pasillo, la figura del negro alzando el cuchillo era fácilmente visible.

La hoja acerada bajó como un relámpago y volvió a alzarse teñida de sangre. Owens pareció volverse loco: el cuchillo se hundió más de diez veces en el cuerpo que descansaba bajo las sábanas.

—*Okay*, Joe. El puerco polizonte no volverá a molestarnos más. Ahora nos ocuparemos de la chica —era Wolf el que hablaba, y en su tono se adivinaba que no le desagradaba ocuparse de Dina Devening.

—Espera. Enciende la luz: hemos de cerciorarnos de que Vernon Peters está muerto.

El negro lanzó una burlona carcajada.

—Estás loco, Jones. ¡El cuerpo del polizonte está materialmente cosido a puñaladas!

—¡Enciende, Owens! Me molesta que discutas mis decisiones.

—Está bien, está bien... —Vernom escuchó los pasos del negro, acercándose al interruptor. Se prometió disparar contra él en primer lugar. Y volvió a cerrar la puerta del armario.

George Jones tiró suavemente de la colcha, descubriendo el cadáver. Su puerca blasfemia ofendió los oídos del agente especial, que comenzó a deslizarse fuera del armario.

Los tres intrusos estaban inclinados sobre el lecho y contemplaban, estupefactos, el cadáver del mayordomo.

Fue Jones el primero que comenzó a alzarse de la cama, con una súbita sospecha que le inquietaba.

—¡Es Matthew! ¡El polizonte nos ha engañado!

—Justamente, señores —Vernom les encañonaba con la pistola, atento a cualquier reacción de los tres asesinos—. Les estaba esperando, y ustedes han sido tan amables que han acudido puntualmente a la cita.

Owens murmuró una obscenidad y avanzó un par de pasos. Aquello, indudablemente, constituyó su pasaporte a los infiernos. Porque Vernon Peters tenía una merecida fama de buen tirador a pistola, y su bala se incrustó justamente en el entrecejo del moreno.

Owens abrió los brazos y se derrumbó. Su cuchillo golpeó sonoramente sobre el piso, al resbalar de entre sus dedos sin vida.

Pero aquello solo era el principio.

Vernom lo comprendió así cuando Jones y Wolf saltaron sobre él al mismo tiempo.

No era el momento más apropiado para andarse con miramientos. De forma que Vernon disparó contra Wolf, que acababa de lanzarle un tajo al rostro, que no le alcanzó por fracciones de segundo.

Por desgracia, Wolf estaba lanzado y, aunque un pedazo de plomo se había clavado en su pecho, la inercia le impulsó contra el federal.

Los dos rodaron sobre el suelo en confuso montón. Vernon había perdido la pistola en el encontronazo: cuando logró incorporarse, George Jones le vigilaba con expresión aviesa.

—Has logrado liquidar a esos dos, polizonte. Pero ahora tendrás que vértelas conmigo, puerco.

Jones tenía un cuchillo de pavorosas dimensiones en la derecha y en sus ojos estaba la decisión de matar.

Avanzó dos pasos hacia Vernon, y este reculó hacia la ventana. Se detuvo al chocar contra la pared: ya no podía retroceder más.

Se sintió perdido. La pistola no estaba a la vista y Jones se aproximaba con un fulgor asesino en sus ojos.

Y, de pronto, su pie chocó contra un objeto metálico: el cuchillo que Owens había soltado al caer.

Se inclinó rápidamente, sin perder de vista a Jones, que saltaba hacia él en aquel instante.

Los ojos del pistolero se desorbitaron al sentir desgarradas sus entrañas. El cuchillo que empuñaba Vernon había penetrado en su

cuerpo a la altura de la pelvis y continuó su alucinante trayectoria hasta chocar contra las costillas.

Era algo asqueante, incluso para un hombre como Vernom Peters. Su mano derecha se empapó de sangre, cuando el cuerpo de Jones resbaló lentamente entre sus brazos.

Un suspiro contenido salió de su garganta. Durante unos minutos, Vernom aspiró aire, liberando la tensión a que había estado sometido.

Buscó la pistola y la encontró junto al cuerpo del negro. La alzó sin prisas, esperando que alguien apareciese en el vano de la puerta.

Dina lanzó un grito estridente al contemplar aquella carnicería. Sus manos se alzaron en un desesperado intento de borrar de sus ojos la repugnante visión.

Luego, sus mejillas palidieron, sus piernas se aflojaron y, finalmente, se desmayó.

CAPÍTULO XIII

Estaba muy linda, incluso desmayada.

Vernom la tomó en brazos con facilidad y la llevó al *living*, dejándola suavemente sobre el diván.

Unas palmaditas en las mejillas y un sorbo de coñac, fueron suficientes para que Dina volviera en sí.

—¡Oh, Vernom, discúlpame; no pude resistirlo! Todo estaba lleno de sangre, los cadáveres...

—Olvidalo, muchachita. Me he visto obligado a hacerlo. Ellos o yo, esa era la cuestión. Y la duda no podía existir en un caso así.

—Pero... Matthew, ¿cómo pudo intentar...?

Vernom se lo explicó todo en pocas palabras. Dina parecía más tranquila, aunque todavía una sombra de horror se reflejaba en los ojos verdes.

—Vernom... ¿Qué haremos ahora? Todos esos cadáveres... ¡Si viene la policía será horrible!

La ayudó a incorporarse y la obligó a apurar la copa de coñac.

—Bebe; eso te dará ánimos. No te preocupes: meteré sus cuerpos en el coche y los dejaré lejos de aquí. La policía los encontrará mañana. Es posible que el capitán Barton te haga algunas preguntas. No temas: dile que los cuatro se despidieron de improviso.

Dina apartó la copa de sus labios. Sus mejillas volvían a teñirse con su color natural, pero sus palabras sonaron trémulas:

—Vernom... ¡es como una pesadilla! Nunca creí que la muerte fuera tan horrible.

—Olvidalo, Dina. Es la ley de la supervivencia. Ya sabes que Jones, Wolf y el negro pensaban «ocuparse de ti» después de terminar conmigo. Tenías razón: mister «Killer» ha decidido eliminarte. Solo que ahora cuenta con cuatro hombres menos.

Se levantó del diván y hasta entonces no reparó en que solo se cubría con la camiseta y... la pistolera.

—Espera, Vernom. Estamos metidos los dos en este espantoso lío, y es justo que compartamos los riesgos. Te ayudaré.

La carcajada de Vernom sorprendió a la jovencita. El agente especial la contempló unos instantes con una mezcla de ternura y de ironía.

—No es necesario, Dina. No quiero exponerme a que te vean: podrían relacionarte con la muerte de esos tipos y eso no entra en mis

cálculos.

—Está bien. Utiliza, al menos, mi coche. El «Triumph» es demasiado pequeño para... para...

—Para cargar cuatro cadáveres. Dina. De acuerdo, los meteré en tu «Ford». Y a pesar que el Gruñón creyó que...

Se interrumpió, azorado. Había estado a punto de expresar sus pensamientos en voz alta.

—No te entiendo, Vernom...

—No te preocupes: hablaba conmigo mismo. Anda, acuéstate, o cogerás frío. Todavía puedes dormir unas horas.

—No sé si podré dormir después de esto, Vernom. Pero tú...

—Yo tengo algo que hacer. Volveré en cuanto pueda, Dina.

Ella le siguió con la mirada hasta que desapareció en el pasillo. Estaba observando que incluso en camiseta, Vernom Peters conservaba su acentuado atractivo.

★ ★ ★

Encendió el cigarrillo dentro de la cabina y marcó el número sin dejar de atisbar a través del cristal.

El chasquido le indicó que alguien había levantado el micro al otro lado del hilo.

—Soy Peters. ¿Vía libre, señor?

La voz de míster John Paryat sonaba apagada, con un deje de leve inquietud.

—Espere unos segundos, Peters. No cuelgue. Tengo a alguien conmigo. Se marcha enseguida. Aguarde.

Vernom apoyó el auricular y dio una chupada al cigarrillo, entretanto. Estaba mirando a aquel tipo, de aspecto vulgar, que leía su periódico apoyado sobre una farola de alumbrado público.

Una expresión de perplejidad se dibujó en su cara, mientras escuchaba a través del micro las distantes voces del Gruñón y su misterioso acompañante.

—¿Peters? —el potente vozarrón de Paryat levantaba ampollas en los oídos.

—Sí, míster Paryat. Escuche: sé que puede mandarme al diablo o... a otro lugar menos recomendable. Pero me gustaría saber quién es la persona a la que acaba de despedir.

—Ah, eso... Es William Baroyan, un viejo amigo de la guerra. Es periodista, un verdadero experto en Bioquímica. Colabora en una revista técnica. Verá, viene algunas noches a jugar una partida de ajedrez: casi siempre gana, porque es un jugador cerebral, desprovisto

de apasionamiento.

—Pero usted prefiere hablar a solas conmigo...

—Por supuesto. Me une una vieja amistad a Baroyan, aunque hacía bastante tiempo que no nos veíamos. Casualmente nos tropezamos hace unos días y recordamos los viejos tiempos de la guerra. Demostró un gran interés por estrechar nuestra amistad y le invité a visitarme en mi apartamento. A pesar de ello, prefiero tratar los asuntos del servicio fuera del alcance de oídos ajenos, ¿comprende?

—Perfectamente, míster Paryat. Sentí curiosidad, eso es todo. Le he enviado por correo una cuartilla mecanografiada: la encontré en el cadáver de Joe Murdock. Sería interesante conocer a qué tipo de máquina corresponde la escritura.

—¿Es todo, Peters?

—Oh, no, jefe. Pueden dar de baja en el fichero a George Jones, Bert Wolf, Joseph Owens y Matthew Forsithe. Anoche, mi dormitorio se convirtió en una especie de club nocturno de pandilleros. Escuche...

Le detalló todo lo ocurrido la noche anterior en pocas palabras. Adivinaba la expectación que experimentaba el Gruñón a juzgar por su silencio.

—¡Caray, muchacho! Comprendo que dije una tontería al ofrecerle ayuda anoche... —el comentario era de una acidez manifiesta.

—No se burle, míster Paryat. Es posible que dentro de pocas horas necesite toda la ayuda que el FBI pueda prestarme. Otra cosa, ¿averiguó algo respecto a Alfred Tuckermann?

—Sí. No tiene antecedentes delictivos. Es de origen alemán, se sospecha que perteneció a las SS, pero nadie ha podido probarlo. Aparte de su condición de profesor de Ciencias Exactas de la Universidad, sabemos que ha participado en algunas reuniones neonazis en Europa. Ha realizado algunos viajes al Viejo Continente, últimamente.

—Muy interesante, míster Paryat. Mañana volveré a llamarle.

—¡Espere, muchacho! Está seguro de que no necesita ayuda, ¿eh? ¡De acuerdo! ¡Púdrase...!

Esbozando una cínica sonrisa, Vernom Peters salió de la cabina y cruzó la calle en dirección a su automóvil, aparcado junto al encintado.

El tipo de aspecto vulgar que leía un diario apoyado en la farola, se separó bruscamente del poste y corrió hacia un sedán negro estacionado a diez yardas del «Triumph».

CAPÍTULO XIV

Durante todo el día, Vernom Peters había permanecido junto a Dina, temeroso de que la joven pudiese sufrir algún atentado. Únicamente a las diez de la noche se había separado de ella para telefonar al Gruñón.

—Te esperaré en casa, Vernom. Ahora que esa pandilla de asesinos ha desaparecido me siento más tranquila.

—De acuerdo. Pero no te confíes, cariño. Míster «Killer» aún no ha caído. Por cierto, ¿no ha vuelto a aparecer Tuckermann por tu casa, verdad?

—No. Tampoco han vuelto a llamarme por teléfono, Vernom.

—Está bien. Volveré a casa en cuanto pueda. Mañana nos trasladaremos a un hotel. Es posible que tus vecinos murmuren si llegan a saber que vives en compañía de un solo hombre.

Ella había sonreído encantadoramente y el rubor había teñido sus mejillas.

Eran las diez treinta de la noche cuando el agente especial frenó su coche ante la escalera de la mansión.

E inmediatamente comenzó a sospechar que algo grave ocurría: la puerta del vestíbulo estaba abierta y las luces estaban encendidas.

Lo que vio dentro le gustó mucho menos: los muebles del *living* aparecían tirados, despanzurrados, rotas las figurillas de cerámica, destrozados los libros...

Y ni rastro de Dina Devening.

Sintiendo que la inquietud se agigantaba más y más en su interior, el agente especial recorrió inútilmente toda la casa.

Todo lo que pudo ver fue: armarios desordenados, ropas tiradas al suelo de cualquier forma, libros salvajemente desencuadrados...

Habían registrado la casa de arriba a abajo, era patente. Sin el menor cuidado, con la misma delicadeza que se movería un elefante en una casita de muñecas.

Notó que la cólera y el rencor le ahogaban. Se habían llevado a Dina y el motivo no ofrecía duda: para matarla, ya que la muchacha nunca podría decir donde se encontraban los documentos que míster «Killer» buscaba con un interés tan elevado que no reparaba en cometer los más atroces asesinatos.

Un auténtico rey del crimen, eso era el enigmático míster «Killer».

No era el momento más apropiado para lamentarse, y Vernom

Peters se puso en movimiento, comprendiéndolo así.

Tiró la muleta metálica con un gesto colérico y salió fuera de la casa.

Un instante después daba el encendido y se alejaba a cien millas por hora en dirección a la ciudad.

No sabía dónde podría encontrar a Tuckermann y su grupo de asesinos, aunque tenía una idea del lugar que solía frecuentar mister «Killer», el mismo sitio desde el que el asesino había establecido contacto telefónico con el agente especial.

El edificio de diez plantas ubicado a unas doscientas yardas del hotel Vendôme aparecía silencioso y abandonado. No había luz en las ventanas de las oficinas, lo cual era lógico: Vernom acababa de recordar que era sábado.

Bajó del «Triumph» y se encaró con el vigilante nocturno.

—Discúlpeme, ¿hay alguien en las oficinas?

El vigilante denegó lentamente con la cabeza.

—No queda un alma, señor. ¿Olvida que estamos en fin de semana?

Vernom sonrió con simpatía y exclamó:

—Qué memoria la mía... Tiene razón. Escuche, ¿puede decirme si alguno de los usuarios de estas oficinas dispone de teletipo? Ya sabe a qué me refiero, ese aparatito que sirve para transmitir noticias...

Los ojos del vigilante se habían posado, codiciosos, sobre el billete de diez dólares con el que jugueteaban los dedos de Vernom. Alargó la mano y tomó el dinero sin dudar.

—Comprendo, señor. Sí, en las oficinas de redacción de *The Chemists Gazette* disponen de un teletipo. En la planta tercera. Pero no hay nadie, ya se lo he dicho...

—Está bien, eso es todo.

Volvió al coche y arrancó enseguida.

Rodeó la manzana y, de pronto, ante su vista apareció aquel caserón casi en ruinas.

Frenó a cincuenta yardas de la entrada y se detuvo a reflexionar.

Había olvidado por completo aquella casa, pero ahora estaba pensando que el lugar ofrecía cualidades óptimas para ser utilizado como escondrijo.

Durante unos minutos, el agente especial observó minuciosamente el edificio.

Era una vieja casa de cuatro plantas, de fachada grisácea que indicaba un descuido de largos años. La edificación más cercana estaba situada a casi cien yardas.

Así que la casa estaba aislada, abandonada, al parecer, y rodeada de una valla de hierro y concreto que encerraba un jardín descuidado, del

que se había apoderado la maleza y los verbajos.

Los cristales de las ventanas estaban rotos y los balcones abiertos.

Sí, aquel viejo edificio podía constituir el escondrijo ideal para un grupo de asesinos como el que dirigía el desconocido míster «Killer». En el viejo caserón nadie les molestaría.

Se decidió. Del pequeño secreter del panel extrajo tres cargadores de pistola y se los guardó en el bolsillo.

Iba a abandonar el vehículo, cuando, súbitamente, Vernom tuvo una inspiración. Volvió a sentarse sobre el asiento delantero y consumió tres minutos en realizar una extraña operación.

Sacó en primer lugar los cargadores del bolsillo del pantalón y los insertó en los calcetines de Nylon.

Buscó un trozo de cable eléctrico en el secreter y sacó la pistola. Sirviéndose del cable y alzando el bajo del pantalón, Vernom sujetó el arma a la cara interna de la pantorrilla.

Con una enigmática sonrisa bailándole en los labios, se separó del «Triumph» y anduvo en silencio hacia el oscuro caserón.

La zona quedaba en sombra, lo que protegía los planes del agente federal.

Había una cancela de hierro situada a mitad de la valla, pero Vernom despreció aquella entrada.

Tanteó con precaución los hierros de la valla y comenzó a escalarla. Las barras terminaban en agudas puntas de flecha, pero Vernom las evitó con facilidad, alzándose a fuerza de músculos.

Con idéntica cautela se dejó caer al otro lado. Los cardos y las ortigas se clavaron en sus pantorrillas a través de la tela.

«Otra fase de la caza: el ojeo», se dijo Vernom. Sus ojos relucieron en la oscuridad, con decisión, cuando la figurita de Dina Devening apareció en su pensamiento.

Vernom Peters había realizado muchas misiones peligrosas, en las que la muerte rondó muy cerca al agente especial.

Mientras se deslizaba como un piel roja a través de la maleza, recordó sus arriesgadas misiones en Vietnam, Filipinas, Cuba, Berlín...

Siempre había logrado evitar el peligro, afrontándolo con serenidad. Pero en aquellas misiones solo le impulsaba su sangre aventurera y su deber como agente federal.

Ahora había algo más: Dina Devening. Y su recuerdo ponía un extraño ardor en su pecho. ¡Dios, si aquellos cerdos le habían causado el menor daño a la jovencita...!

Abandonó sus pensamientos para concentrarse en lo que estaba haciendo. Ante él aparecía una ventana tentadoramente abierta.

Escuchó con el oído atento, muy cerca de la abertura, y no pudo

percibir el menor rumor.

Una suave flexión de los brazos y se encontró sobre el alféizar: la estancia aparecía desierta.

Extremando las precauciones, Vernom se deslizó hasta que sus pies tocaron el piso.

Las paredes aparecían desconchadas y el suelo estaba cubierto de pedazos de estuco desprendido de las antiguas molduras.

Se descalzó los zapatos y avanzó en la semipenumbra, conteniendo el aliento.

De la mayoría de las puertas habían desaparecido las hojas de madera, observó Vernom, saliendo a un amplio vestíbulo.

Diez minutos le llevó registrar la planta baja, sin encontrar nada sospechoso.

Después comenzó la lenta ascensión, peldaño a peldaño. Una escalera desprovista de pasamanos, peligrosa y estrecha.

Decidió ascender hasta el final y registrar las diferentes plantas en sentido inverso.

Algo rozó suavemente sus tobillos y Vernom hubo de contener la exclamación que subía a su garganta. Los chillidos estridentes de las ratas le helaron la sangre en las venas.

Recuperó el aliento a la altura de la tercera planta y reanudó la lenta ascensión.

El ático no era otra cosa que una auténtica madriguera de ratas, que chillaron estridentemente ante la presencia del intruso, corriendo en todas direcciones.

El ambiente era tan repugnante, tan preñado de horror, que un hombre menos templado que Vernom Peters hubiera echado a correr con todas sus fuerzas.

Sin embargo, Vernom no abandonó la planta superior hasta cerciorarse de que nadie se escondía en ella.

Luego volvió a descender, continuando su inspección. Caminaba pegado a la pared, temeroso de poner el pie en falso y despeñarse por el hueco de la peligrosa escalera.

Fue a la altura de la segunda planta, cuando una figura ágil y silenciosa se desprendió de las sombras del pasillo y comenzó a descender los peldaños a espaldas de Vernom, que se detuvo en ese instante en el descansillo.

Como un autómeta, el otro se detuvo también, fundido con las tinieblas en el recodo de la escalera.

Y, de repente, Vernom Peters sintió el sople de aire desplazado a su espalda. Solo fue un leve espasmo que acarició su nuca, pero el agente especial se inclinó velozmente, volviéndose hacia arriba.

Aquel movimiento le salvó, porque su agresor había saltado sobre él con la intención de empujarle hacia el vacío. Por desgracia para él, no encontró el cuerpo de Vernom y sus zarpas solo pudieron aprehender el aire.

La escalera era angosta. El asesino quiso rectificar su movimiento, pero ya era tarde.

Vernom le vio precipitarse en el espantoso pozo negro que era el hueco de la escalera, oyó aquel alarido de pesadilla y finalmente el impacto de su cuerpo contra el suelo, dos plantas más abajo.

Esperó, anhelante. Tenía los músculos en una tensión que se tomaba dolorosa y sus mandíbulas estaban enclavadas fuertemente.

Durante unos segundos, solamente el rumor de los chillidos y las carreras de las ratas en las plantas superiores llegó a sus oídos.

Proseguía su descenso, cuando escuchó el lúgubre chirrido de una puerta al abrirse.

El círculo luminoso de una linterna se proyectó sobre el piso inferior, iluminando el cuerpo sin vida del hombre que se había despeñado.

Tres hombres rodeaban el cadáver, del que manaba la sangre empapando el yeso sobre el piso.

—¡Estúpido...! —gruñó uno de ellos, mientras volvía el cadáver con la puntera del zapato—. Le dije que no se moviera de la planta baja. Ha debido resbalar en algún peldaño de esa maldita escalera, estrellándose. Está claro.

—¿Qué hacemos con él, Garland? —preguntó otro de los pistoleros, mientras guardaba el revólver en la funda del cinturón.

—Arrastradle al sótano entre el mudo y tú, Dix. El viejo dirá dónde lo enterramos. Aunque supongo que decidirá que lo sepultemos junto a Guss Devening.

Vernom estuvo a punto de atragantarse al escuchar el comentario.

Un escalofrío sacudió su espalda al comprender que sus temores respecto a la suerte de Guss Devening no eran infundados. El hermano de Dina yacía sepultado en el sótano de un puerco caserón.

Incrustado materialmente en el hueco del descansillo, Vernom vio moverse a dos de aquellos hombres arrastrando el cadáver.

Garland dirigió una ojeada a lo alto de la escalera, enfocando hacia arriba el haz de la linterna, justo en el instante en que el agente especial retiraba la cabeza.

Todavía escuchó sus pasos durante un largo minuto. Estaba recorriendo las habitaciones de la planta baja, sin duda.

Finalmente le vio desaparecer tras aquella estrecha puerta que Vernom había despreciado, pensando que conducía al exterior.

Aún aguardó cinco minutos. El silencio se tornó espeso, cargado, únicamente interrumpido, de cuando en cuando, por los chillidos de las ratas.

¿Qué hacer? Sabiendo dónde se encontraban Tuckermann y sus pistoleros, lo más aconsejable hubiera sido abandonar el viejo caserón y telefonar a míster John Paryat. O solicitar la ayuda del capitán Barton.

Sin embargo, a Vernom Peters le asaltó una duda: ¿Y sí, entretanto, aquellos hombres abandonaban el sótano?

Y luego estaba Dina.

Ninguno de aquellos tres pistoleros la había mencionado, pero Vernom estaba seguro que su chica estaba en poder de Tuckermann.

¿Sería Tuckermann el misterioso míster «Killer»?

«El viejo dirá dónde lo enterramos», había dicho Garland unos minutos antes. Y el viejo no podía ser otro que Alfred Tuckermann, profesor de Ciencias Exactas en la Universidad de...

Se decidió de pronto. Comenzó a descender los peldaños lentamente, pensando que no podía abandonar a su suerte a una chiquilla como Dina Devening.

¿Se había enamorado de ella?

Vernom Peters sonrió en la oscuridad recordando las expresiones de las discípulas de Dina cuando ambos se besaron a orillas del embarcadero.

Solo tenía que recordar su figura de sirena, sus ojos verdes, chispeantes, que sabían mirar con ternura, con una ingenuidad inocente y limpia, para responderse a su propia pregunta sin lugar a dudas.

Sí, la quería. Se había enamorado de la mujer contra la que le enviara el Gruñón. Perdidamente.

Peldaño a peldaño, Vernom descendió hasta la planta baja.

Sobre el piso aparecía una gran mancha de sangre. El agente especial evitó pisarla, aunque se interponía en su camino hacia la puertecita de madera, tras la que se abría un mudo interrogante.

La empujó con cuidado, pulgada a pulgada, para evitar el chirrido quejumbroso de los enmohecidos goznes.

Un tenue resplandor iluminaba la escalera. Los muros destilaban humedad y los peldaños estaban desgastados y peligrosamente resbaladizos.

Se deslizó hacia abajo silenciosamente, sin preocuparse de cerrar la puertecilla.

Un pasillo, largo y estrecho, que olía a moho, al final del cual brillaba una lámpara cubierta de telarañas, insuficiente para iluminar claramente el pasadizo.

Vernom comprendió que el sótano se extendía a toda la superficie del edificio, a juzgar por la longitud del pasillo.

Avanzaba hacia el fondo, cuando un alarido frenó su movimiento. El grito volvió a repetirse, con resonancias alucinantes.

¡Dina! ¡Era Dina la que acababa de gritar, estaba seguro! La estaban atormentando, maltratando.

El leve rumor que provenía de la escalera le obligó a esconderse en una de aquellas malolientes habitaciones que se abrían a izquierda y derecha.

Las telarañas se enredaron en sus cabellos, y Vernom sintió que las náuseas le asaltaban cuando tuvo que apartar de su cara una araña de un manotazo.

Escuchó, atento, tratando de sobreponerse a la sensación angustiosa que aquel ambiente infiltraba en su ánimo.

El rumor no volvió a repetirse y aquello animó al agente especial a seguir avanzando a través del pasillo...

Una rata cruzó de una habitación a otra y se detuvo en la puerta, mirándole con aquellos ojillos brillantes, malignos. Desapareció con un chillido de alarma, mientras Vernom maldecía con toda su alma a los repugnantes bichejos.

Llegó al final y torció a la derecha.

El pasillo lateral debía desembocar en una galería amplia y alargada, según dedujo Vernom, percibiendo el eco de las voces que resonaban dentro.

—¡No tan fuerte, Garland! O la matarás antes de que hayamos conseguido saber lo que nos interesa. Es una mujer, ¿comprendes?

Se escuchó un gruñido ininteligible, que Vernom atribuyó a Garland, y de nuevo la primera voz:

—Vamos, muchacha, no seas estúpida. El hecho de saber que tu hermano reposa bajo una yarda de tierra en una de esas habitaciones, debería hacerte comprender que no bromeo. Mira, mira las ratas. Prattler Nummy las engorda cada día. Es una manía suya: el mudo ha vivido varios años en este caserón ruinoso, teniendo como única compañía a las ratas. Ha llegado a habituarse a ellas. Pero ahora están hambrientas, las ratas ansían devorar cualquier cosa, ¿comprendes?

Vernom anduvo despacio hasta el final del pasillo, notando que el odio más feroz latía en él de una forma desacostumbrada.

Asomó a la galería y sus ojos se clavaron en el grupo que había al fondo.

Dina Devening estaba sujeta a un sillón desvencijado.

Sus ojos reflejaban todo el horror imaginable y sus ropas estaban sucias y destrozadas.

—Habían rasgado la fina blusa que vestía, con un sadismo increíble. Y su pecho aparecía semidesnudo, expuesta su intimidad a las miradas de los tres hombres que la rodeaban.

Uno de ellos era, indudablemente, Alfred Tuckermann.

Estaba a la derecha, sentado sobre un cajón de madera, mirando curiosamente a la bella mujer que tenía enfrente.

También estaban Garland y Dix, los dos pandilleros que habían aparecido, alarmados por el ruido que produjo otro de los pistoleros al estrellarse desde lo alto de la segunda planta.

Solo faltaba el tercer pistolero, aquel que ayudara a Dix a arrastrar el cadáver hasta el sótano.

La sensación de peligro inminente le llegó demasiado tarde, por desgracia.

Un puño enorme, poderoso, se estrelló contra su nuca, haciéndole rodar sobre el húmedo piso del sótano.

CAPÍTULO XV

Las ratas se agitaban, inquietas, dentro de la gran jaula metálica. De cuando en cuando, una de ellas, menos prudente, se arrojaba como una centella contra una de sus compañeras, mordiéndola en el cuello.

Entonces los chillidos agudos llegaban a helar la sangre en las venas. La más débil se revolcaba en su propia sangre, el tropel de animalejos se arrojaba sobre su cadáver y en un santiamén devoraban a su compañera en medio de un aquelarre de gritos espeluznantes.

—Un experimento interesante, ¿no opina como yo, señor Peters?

Vernom le miró con repugnancia, sin molestarse en contestar.

Le dolían los brazos, fuertemente apretados mediante alambres a un viejo sillón de roble, y se maldecía interiormente por haberse dejado apresar con tanta facilidad.

Prattler Nummy le miraba insistentemente a través de sus ojillos pequeños y malignos. Tenía un rostro bestial, como tallado en madera; sus cejas eran muy pobladas, casi unidas en el entrecejo y la ancha nariz aplastada denotaba bestialidad.

También estaban allí Garland, el pistolero de sonrisa cínica, y el menudo Dix, un tipo delgado y macilento, cuyos ojos bizqueaban levemente.

«Bonita pandilla de asesinos», pensó Vernom, mientras estudiaba a aquellos individuos.

Dina Devening estaba solo a una yarda de distancia, demacrada y llena de angustia. Y Vernom no podía resistir la visión de aquella chiquilla, maltratada salvajemente, con una expresión de intenso espanto en sus ojos.

Tenía una manchita amoratada en la barbilla y los ojos llenos de lágrimas.

—Es la lucha por la supervivencia, mi querido señor Peters. Las ratas están hambrientas y prefieren devorarse unas a otras antes de sucumbir. ¿No advierte un sutil símil en la escena que se desarrolla dentro de esa jaula? Los individuos más débiles tienen que ceder ante los más fuertes, ante los de raza seleccionada.

—Es usted un tipo repugnante, profesor. ¿Aprendió esas ideas cuando pertenecía a las SS? En cualquier caso, no es usted muy original, Tuckermann: esa doctrina pertenece a Adolf Hitler.

Los gruesos lentes centellearon cuando el profesor Tuckermann se volvió hacia el agente especial.

—No está usted en la mejor situación para insultarme, Peters. Y no es la suya la postura más adecuada en este instante. Se ha comportado como un incauto, polizonte. A Prattler le fue muy fácil sorprenderle y dejarle fuera de combate. Él es silencioso como una sombra, rápido como una serpiente. Y le encantan las ratas. Como a mí. Anda, Prattler demuéstrole al señor Peters cómo le golpeaste hace quince minutos.

El mudo se puso en movimiento sonriendo como un demente. Era un individuo muy alto, fornido, que se movía con una agilidad poco común.

«Como un cuadrúmano», se dijo Vernom viéndole acercarse.

No pudo hacer nada por evitar el monstruoso puño que se abatía sobre él. Excepto ladear la cabeza en el último momento, con lo que el golpe de Prattler resbaló sobre la sien, rozándole dolorosamente hasta el cuello.

Durante unos minutos, el agente especial no percibió nada de lo que ocurría a su alrededor. Por la sencilla razón de que el golpe del «gorila» le había dejado *groggy*.

Respiró ansiosamente, al cabo, notando que la sangre empapaba su cuello. Aquel bestia debía haberle arrancado media oreja, a juzgar por la intensidad de la hemorragia.

—Como le estaba diciendo, ahora que puede oírme, señor Peters, Prattler a pesar de su apodo1 es mudo. Ha vivido varios años escondido en esta casa, ¿por qué? Yo sé lo diré: porque asesinó a varias jovencitas como Dina que se opusieron a complacerle.

Vernom miró con nuevo interés a aquel «gorila» que permanecía a unos pasos de distancia, sintiendo que la sangre se helaba en sus venas.

—Sé lo que está pensando, Peters. Que permitiré a Prattler satisfacer sus instintos en la persona de esta jovencita, Dina Devening, ¿verdad? Es posible, pero antes me gustaría realizar un experimento. La noche es larga y ninguno de estos hombres que le rodea tiene prisa. ¿Usted sí, señor Peters?

Vernom miraba a Dina, que se había estremecido cuando Prattler rio, sin perderla de vista, ansioso y expectante. Su risa tenía resonancias horripilantes: una mezcla de rugido de fiera y sonidos chirriantes, como de hierros enmohecidos.

—Usted no hará nada de eso, Tuckermann. La casa está rodeada y ninguno de ustedes podrá escapar. La policía entrará hasta aquí dentro de unos instantes, en cuanto compruebe que algo anormal me ha ocurrido. Ya sabe lo que eso significa, profesor: el camino más recto hacia la silla eléctrica. Se tostará en la silla caliente, Alfred Tuckermann.

La áspera carcajada que lanzó el profesor hizo temblar sus lentes

sobre el prominente caballete de la nariz.

—¡Verdaderamente infantil, señor Peters! Sé perfectamente que usted trabaja solo, que se mueve como un lobo solitario. Pero no me gusta que nadie me amenace de esa manera. Prattler...

Ahora fue mucho peor, porque el «gorila» no se conformó con un solo golpe.

Durante treinta segundos, sus brazos peludos y largos como los de un cuadrúmano golpearon al agente especial hasta que la voz del profesor advirtió, autoritaria:

—Basta, Prattler. Tendrás nuevas oportunidades con el señor Peters, descuida.

Dina Devening lanzó un grito al observar el estado en que había quedado Vernom Peters.

—No es nada, Dina, cariño —murmuró trabajosamente Vernom—. No te preocupes por mí. Estoy... estoy bien.

—¡Delicioso! Sencillamente encantador: una escena de amor entre dos condenados a muerte —comentó, irónicamente, el profesor.

—Escuche, Tuckermann: sé muchas cosas de usted, tantas como conocen a estas horas mis superiores, ¿comprende?

Una sombra de temor se dibujó un instante en los miopes ojos del profesor, que pestañeó, confuso.

—Tonterías, Peters. Antes del amanecer habremos abandonado este sótano. Aquí solo quedarán tres cadáveres: el suyo, el de esa jovencita y el de su hermano, Guss Devening.

—Usted lo mató, ¿verdad, Tuckermann? —inquirió Vernom, dificultosamente, a través de los labios ensangrentados.

El profesor tenía las manos unidas apoyadas sobre los labios, en beatífica actitud. Las separó para responder:

—Se equivoca: no lo hice yo, aunque mía fue la decisión. Prattler se encargó de cumplir mi orden. Lo estranguló con una facilidad verdaderamente espeluznante.

—¿Por qué ordenó matar a Devening, profesor? Con él mataba la gallina de los huevos de oro...

—Elemental. El estúpido Guss se negó sistemáticamente a entregarme su descubrimiento, en relación con el hidro-virus. Esas bacterias son algo espeluznante, amigo mío: unas simples gotas de cultivo vertidas en un río, en el sistema de abastecimiento de aguas de una ciudad, bastan para contaminar a millones de personas. El virus se propaga en el agua a una velocidad alucinante: bastan treinta minutos para que el número de bacterias se reproduzca en una progresión geométrica enloquecedora.

—¿Qué efectos tiene ese virus en las personas, profesor? —la

pregunta del agente especial había sido expresada con una angustiada ansiedad.

—Producen la muerte rápida una hora después de haber ingerido el agua contaminada. No tema: la muerte no es dolorosa, se produce de forma instantánea, ya que afecta directamente al cerebro.

—Pero usted no dispone todavía de ese virus, profesor...

—¡Lo tendré, lo tendré muy pronto, estoy seguro, señor Peters! Lástima que Guss Devening se comportara de forma tan estúpida. Lo sorprendí en el laboratorio de la Universidad y logré sacarlo de allí sin que Frazee Smith lo percibiera. Prattler me brindó este escondite para interrogar a Guss. Era un terco: prefirió morir a entregarme su fórmula. Después...

—Grabó la voz de Guss e intentó hacer creer a Dina que su hermano seguía viviendo, ¿no es cierto, profesor?

—Justamente. Hasta que me convencí de que esta jovencita no estaba al tanto de los secretos de su hermano. Afortunadamente, la cinta magnetofónica en que grabé la voz de Guss me ha desvelado un secreto precioso: el lugar donde él escondió su fórmula del hidro-virus.

—Explíquese, profesor. No comprendo eso...

—Es muy fácil, señor Peters. Me ha costado muchas horas llegar a descubrir el mensaje que Guss Devening supo encubrir en el magnetófono. Espere, lo escuchará enseguida.

Alfred Tuckermann se levantó de su asiento con esfuerzo y abrió la cartera de cuero que descansaba sobre un viejo armario desvencijado.

Un momento después volvía a su asiento, llevando un pequeño grabador magnetofónico en sus manos.

—Escuche, escuche...

Accionó un botón y la cinta comenzó a girar en el carrete. En primer lugar se escuchó un grito alucinante, seguido de la voz de Guss Devening, que sonaba quebrada, angustiosamente:

—«¡Cuidado, cuidado, Dina! ¡Esto es como el tormento de Macchiavello»!

Tuckermann volvió a apretar una tecla y el sonido cesó.

—Visité a Guss muchas veces, en su casa. Tenía una hermosa biblioteca, muy bien surtida. Me llamó la atención aquel volumen. Su título me ha sugerido algo revelador: «Los tormentos de Macchiavello»... ¿Comprende ahora, señor Peters? ¡Devening estaba indicando a su hermana el lugar en que había escondido la fórmula! Dentro de aquel libro.

—¿Y bien, profesor? ¿Encontró «Los tormentos de Macchiavello»?

Las manos de Tuckermann apretaron como zarpas el magnetófono y el agente especial temió que el aparato se desgajase entre sus largos

dedos.

—«¡No, maldita sea! He registrado personalmente toda la casa, sin dejar un solo rincón por mirar. ¡Ese libro ha desaparecido...!

Vernom Peters hubo de lanzar una carcajada nerviosa al comprenderlo todo. Volvió a ver en su imaginación a la desequilibrada señora Drugger leyendo aquel grueso librote a la luz de la débil lámpara, en aquella habitación maloliente y poco ventilada.

Y miró de nuevo al profesor, con una luz burlona en los ojos. Pero las siguientes palabras de Alfred Tuckermann bastaron para borrar la sonrisa de sus labios:

—¿Le hace gracia, señor Peters? Dejará de reír enseguida. Porque tanto usted, como Dina Devening van a morir muy pronto. Y su muerte no tendrá nada de agradable, créame.

CAPÍTULO XVI

El profesor Tuckermann se había puesto en pie y sus ojos brillaban fanáticamente tras de los gruesos cristales de sus gafas.

Vernom Peters trataba disimuladamente de aflojar las ligaduras que sujetaban su brazo derecho. Con tal de lograr deslizar unas pulgadas su mano sobre la pantorrilla, la «Parabellum» estaría al alcance de sus dedos.

—Un momento, profesor. Me gustaría que me dijese algunas cosas. Usted mismo dijo hace unos minutos que la noche es suficientemente larga. ¿Qué prisa tiene en eliminarnos? Nos tiene al alcance de la mano.

Tuckermann volvió a dejarse caer en su asiento y su expresión se tornó levemente sarcástica.

—Tiene razón, señor Peters. La noche es larga, muy larga. ¿Qué es lo que desea saber?

—En primer lugar, me encantaría fumar un cigarrillo. Soy un condenado a muerte, ¿no?

El profesor titubeó un instante, y le miró con incredulidad.

—¿Le gusta bromear, señor Peters? Está bien, me causan admiración los hombres de nervios bien templados. De acuerdo. Garland, dele un cigarrillo.

El pistolero sacó un paquete y extrajo un cigarrillo que puso en los labios del prisionero. Luego acercó la llamita del encendedor, prendiéndoselo.

Era precisamente lo que Vernom necesitaba: Garland le tapaba a la vista de los otros.

Mientras aspiraba el humo, forcejeó duramente con el alambre, hasta que notó que el antebrazo se deslizaba hacia adelante con relativa facilidad.

Por desgracia, Garland se separó bruscamente de él y Vernom hubo de retirar la mano aprisa.

—Y ahora, dígame, Peters, ¿qué era lo que deseaba preguntarme?

El agente especial aspiró el humo del cigarrillo con delicia y cambió una mirada animosa con Dina Devening, que sonrió desmayadamente.

—Verá, profesor; siento curiosidad por saber qué es lo que haría usted si tuviese en su poder la fórmula para poder elaborar el cultivo de ese virus. ¿Trata de venderlo, acaso?

Tuckermann denegó con gesto ofendido.

—No me faltarían compradores, señor Peters. Ya ha habido algunos

representantes de ciertos países del Este que han hecho sustanciosas ofertas a cambio de esa fórmula. El país que dominara la nueva arma bacteriológica sería el dueño del mundo, ¿comprende, señor Peters? Pero no, no venderemos esa fórmula.

—¿Qué empleo le daría... en el hipotético caso de que cayera en sus manos, profesor?

El rostro de Tuckermann se animó de nuevo con aquella expresión fanática y sus ojos fulguraron. Su voz tenía un tono orgulloso:

—Se lo diré, señor Peters. Al fin y al cabo, nunca podría volver a repetirlo, porque morirá, al igual que Dina Devening. Pertenezco a una poderosa asociación europea que persigue el exterminio de los sionistas.

—Y supongo que la mayoría de los componentes de esa organización pertenecerían a las SS, al igual que usted. Pero dígame, profesor, ¿acaso pretenden destruir a toda la nación israelí?

Tuckermann se agitaba por momentos, su rostro expresaba un frenético entusiasmo al responder:

—¡Precisamente! Y para ello contamos con la subvención de algunos extremistas árabes, deseosos, al igual que nosotros, de exterminar a todos los judíos.

—Pero... pero... ¡eso es una locura, profesor! ¿No comprende que ello constituiría un crimen espantoso, un genocidio?

Vernom le vio tomar asiento de nuevo, recuperar el dominio de sus nervios.

—Justamente, deseamos que los judíos desaparezcan sobre la tierra. Ellos han creado un cuerpo policíaco que se encarga de eliminar a los antiguos nazis. Fue su persecución, precisamente, lo que nos hizo reaccionar, señor Peters. Nos reunimos y nos fuimos fortaleciendo lentamente.

Vernom se rebulló inquieto en su asiento, impresionado por la maldad que brillaba en los ojillos del profesor.

—Tuckermann, usted olvida que ese cuerpo policíaco israelí solo persigue a los auténticos criminales de guerra. E incluso son juzgados, después de examinadas minuciosamente las pruebas de su culpabilidad.

Y, de pronto, una sospecha cruzó relampagueante la frente del agente especial.

—Espere, profesor. Estoy comenzando a adivinar. Usted también cometió crímenes en Alemania, seguramente perteneció a aquel grupo de fanáticos que, siguiendo las ideas de Hitler, intentaba purificar la raza alemana, exterminando a millones de judíos, húngaros y gitanos. ¡Confíeselo, profesor Tuckermann!

El profesor pestañeó repetidamente y luego su mano derecha frotó

las solapas de su bien cortado traje gris, como eliminando una mota de polvo imaginaria.

—Bien. Realicé un cursillo especial en el campo de exterminio de Dachau, si se refiere a ello, señor Peters. Aprendí mucho en aquella experiencia. Por desgracia, la guerra terminó demasiado pronto. Era un experimento sumamente instructivo ver morir a centenares a aquellas gentes de raza impura.

Dina se estremeció convulsivamente ante el horror que se desprendía de las palabras del viejo profesor nazi.

—Sí, señor Peters. Acabaremos con los israelíes, hasta que no quede uno solo. Aunque también preparamos una represalia especial contra los países capitalistas que ayudaron al Estado de Israel. Principalmente a cierto país poderoso que cooperó de forma fundamental a que los judíos dispusieran de unos territorios que no les correspondían. Usted sabe a qué país me refiero, señor Peters.

—Escuche, no se referirá a...

—A los Estados Unidos de América, precisamente. Los experimentos del hidro-virus se realizarán en territorio norteamericano. Para ello, utilizaremos las principales ciudades del país: Nueva York, Boston, Chicago, San Francisco, Los Ángeles...

Vernom se estremeció a su pesar. Los planes de aquel fanático, desequilibrado por un odio infinito, encerraban un peligro cierto para los Estados Unidos.

Afortunadamente, Tuckermann no había logrado encontrar todavía la fórmula que permitía cultivar el virus. Y nunca lo sabría. Porque Vernom Peters callaría aunque le arrancasen la piel a tiras.

—Tonterías, profesor. Sus planes son una quimera. Le falta lo principal: la fórmula.

Una sonrisa peligrosa comenzó a insinuarse en los delgados labios del profesor Tuckermann.

—Escuche, señor Peters. Guss Devening me engañó: me hizo creer que todavía no había logrado concluir su fórmula —una seca tos interrumpió sus palabras, haciéndole congestionarse—. Fue muy hábil; comprendió que el estudio que estaba realizando me interesaba mucho, y trató de despistarme, haciéndome creer que no había logrado éxito. Pero usted no me engañará; he adivinado que conoce el paradero de ese libro. Sí, señor Peters, el brillo de sus ojos me ha dicho claramente que sabe dónde está esa fórmula. Y va a decírmelo, ¿verdad?

—¡Está loco, profesor! Naturalmente, no tengo ni idea de lo que me habla. Pero si lo supiera, me dejaría asar vivo antes de poner ese virus en sus manos.

Una risa seca se escapó de la garganta del profesor, haciéndole toser

nuevamente. Se había puesto en pie y señaló con el dedo la gran jaula metálica que había sobre el suelo.

Las ratas correteaban en confusa mescolanza, espiándose mutuamente, erguidas sobre dos patas. De cuando en cuando, una de ellas se descuidaba, abandonaba por un instante su vigilancia, y entonces... docenas de animalejos se lanzaban sobre la incauta, devorándola en un tiempo increíblemente corto, disputándose las piltrafas.

—¿Ve esa jaula, señor Peters? Es suficientemente grande para que un cuerpo humano quepa dentro. Pues bien: Prattler introducirá a Dina Devening, convenientemente maniatada, en la jaula. ¿Imagina la piltrafa en que se convertirá su hermoso cuerpo cuando las ratas hinquen los colmillos en él?

CAPÍTULO XVII

Vernom sintió su ser estremecido de una cólera infinita, ante el solo pensamiento de que el cuerpo de la jovencita pudiera convertirse en pasto de los asquerosos animalejos.

—Usted no hará eso, profesor. ¡No lo hará!, ¿me oye? ¡No es posible que su crueldad llegue tan lejos...!

Tuckermann continuaba sonriendo siniestramente, mientras sus ojos se posaban, ávidos, en la carita transida de terror de Dina Devening.

—Ya lo creo que lo haré. Mejor dicho, lo hará Prattler: a él le gustan mucho las ratas. Han sido su única compañía en este caserón durante varios años. Yo jamás me mancho las manos en ningún trabajo sucio, señor Peters, debiera haberlo adivinado.

Le miró con un odio infinito, acrecentado por las burlonas palabras del viejo profesor, que se veía asaltado de nuevo por aquella desagradable tos bronquítica.

—¿Verdad que lo harás, Prattler? ¡Anda, suéltala! Después abrirás la rejilla y la irás introduciendo lentamente. Primero los pies, luego el resto del cuerpo, hasta que las ratas se sacien totalmente. ¿Has comprendido bien, Prattler?

Sí, el mudo había comprendido perfectamente. No podía hablar, pero interpretaba fielmente el movimiento de los labios del profesor.

Solo que el estúpido «gorila» parecía indeciso, mientras su mirada iba de la figura de Dina al rostro de Tuckermann, alternativamente.

—¡Haz lo que te digo, Prattler! ¡Vamos, estúpido!, ¿no me has entendido? Ah, ya comprendo... te disgusta no tener a la muchacha, ¿eh? Descuida, te proporcionaré mujeres, todas cuantas desees. Pero, ahora, ¡haz lo que te he dicho!

El gigantesco «gorila» permanecía inmóvil, con los largos brazos caídos a lo largo del cuerpo. Sin decidirse a obedecer a Tuckermann, al parecer.

Vernom trató de aprovechar aquella indecisión de Prattler en su favor. Si sabía enfrentarlo con el profesor, quizá hubiera una oportunidad. Y el agente especial sabría aprovechar cualquier coyuntura, por mínima que fuera.

—¡Espere, Tuckermann! —gritó. Y logró atraer hacia él mismo la atención de todos—. Usted es un nazi, un antiguo SS, o lo que es lo mismo, un racista furioso. Ustedes pretendieron eliminar a los tullidos,

a los enfermos, a los cancerosos, a los inválidos... Prattler es un mudo, un ser de raza inferior, en su concepto. ¿Está seguro de que le permitirá vivir cuando usted haya conseguido su objetivo, la fórmula?

Había vocalizado perfectamente cada palabra, con el fin de que ni una sola sílaba escapase a la percepción de Prattler, que parpadeó varias veces, desconcertado y confuso.

—¡Naturalmente que no le permitiré! —farfulló el profesor. Y se cortó de repente, al darse cuenta de que el «gorila» le miraba fijamente, con un destello peligroso en los ojos.

—¿Has oído, Prattler? —remachó Vernon—. El profesor te alojará una bala en la cabeza en cuanto dejes de serle útil. ¿Vas a permitirlo?

Prattler comenzó a avanzar lentamente hacia Tuckermann en actitud amenazadora. Y, de pronto, aquellos brazos monstruosos hicieron presa en el cuello del anciano, derribándole sobre los cajones podridos.

El mudo gruñía como un animal, mientras el dogal que formaban sus dedos, fuertes como cables de acero, se cerraba sobre la garganta de Tuckermann, cuyo rostro alcanzó el tono rojizo de la sangre.

Garland y Dix maldijeron soezmente, arrojaron los cigarrillos que fumaban y se lanzaron sobre la espalda del «gorila», que se había inclinado sobre el profesor, caído en tierra.

—¡Suéltalo, «gorila»! ¿Te has vuelto loco? —barbotó Garland, esgrimiendo el revólver por el cañón.

Lo dejó caer sobre el cráneo del Prattler sin que el mudo se inmutase.

Por su parte, Dix le golpeaba la espalda inútilmente, porque Prattler parecía no sentir los puñetazos del esquelético pistolero.

De repente, el mudo soltó uno de sus brazos y los dos pistoleros salieron despedidos brutalmente, estrellándose sobre los viejos muebles que abarrotaban el sótano.

Vernon juzgó que había llegado el momento de actuar y estiró el brazo hacia abajo.

Los alambres se clavaron inclementemente en su carne, pero Vernon continuó estirando el brazo en un frenético intento por llegar hasta la pistola.

Los dedos rozaban ya la culata cuando Garland y Dix volvían a la carga.

Un suspiro de alivio salió de la garganta del agente especial cuando su mano se afianzó a la culata de la «Parabellum».

La detonación repercutió estruendosa en el sótano y Garland se llevó las manos a su frente: su cráneo había estallado como una roja granada.

—¡Cuidado, cuidado, Vernon! ¡Ese hombre...! —gritó con todas sus fuerzas Dina, al advertir que Dix se llevaba la mano al revólver insertado en la funda pistolera sujeta al cinturón.

No llegó a esgrimir el revólver. Se encontraba ya casi encima del agente especial, cuando la «Parabellum» volvió a tronar.

Dix aspiró aire.

El delgado pistolero vaciló un instante y luego se derrumbó sobre el agente federal, arrastrando el sillón, que se volcó hacia atrás con estrépito.

Sofocando una maldición, Vernon trató de quitarse de encima el cadáver de Dix. Pero era imposible; sus brazos seguían sujetos por el alambre y el sillón se había volcado de costado, aplastándole la muñeca.

La pistola había resbalado de entre sus dedos y estaba muy cerca del sillón de Dina.

—¡Vamos, Dina! ¡Intenta coger la pistola o estamos perdidos! —gritó Vernon, alarmado.

Porque estaba viendo cómo Prattler se ponía lentamente en pie, abandonando el cuerpo inmóvil del profesor Tuckermann.

El «gorila» se volvió hacia ellos despacio. Había una expresión espantosa en su horrible cara: un ansia homicida brillaba en aquellos ojillos animalescos.

—¡No puedo, Vernon; no logro alcanzarla! —chilló Dina. Y en su voz había un trémolo de angustia que impulsó a Vernon a retorcerse, tratando de aflojar el alambre.

No era posible, en aquella posición.

—¡Vuelca tu sillón, Dina! ¡Es necesario que dispires cuanto antes contra Prattler!, ¿me entiendes?

Sí, ella lo comprendía perfectamente. Sabía que si no lo hacía le aguardaba un final horrible en brazos de aquel tipo monstruoso, un asesino de jovencitas, un perturbado sexual.

Se agitó en su asiento y logró volcarlo. El impacto repercutió dolorosamente en su cabeza, pero Dina no prestó atención a aquello.

La pistola estaba solo a cinco pulgadas de sus dedos, pero era imposible acercarse a ella. No podía moverse ni una fracción de pulgada.

Chilló. Gritó histéricamente cuando aquel gigantesco Prattler comenzó a inclinarse sobre ella.

A Prattler le brillaban intensamente los ojillos. Se sentía satisfecho de haber matado al profesor, a aquel tipo que quería echar un cuerpo tan delicioso de mujer a la voracidad de las ratas.

Y también se alegraba de que Garland y Dix hubieran muerto, se alegraba mucho.

Porque ahora nadie podría disputarle a Dina Devening, a la atractiva muchacha que se retorció allí en el suelo, intentando agarrar la pistola.

No, aquello no le gustaba a Prattler. De forma que dio un patadón a la pistola arrojándola lejos.

Dina no tenía ya fuerzas para gritar. Estaba tan aterrorizada que hasta los latidos de su propio corazón la asustaban.

El «gorila» estaba inclinándose sobre ella...

Y súbitamente se oyó aquella voz, que a Vernom le pareció sonaba con cadencias celestiales:

—¡Alto, alto en nombre de la ley! Permanezca con los brazos en alto y retroceda hasta la pared.

Prattler pareció no comprender. Se enderezó con rapidez y avanzó, impertérrito, en dirección al capitán Barton, que empuñaba el revólver de reglamento.

Barton pestañeó, desconcertado, al ver acercarse al «gorila» con los brazos abiertos, amenazadores.

—¡Dispare, dispare, Barton! ¡Antes de que Prattler logre estrangularle! —gritó Vernom colérico.

Barton disparó una vez. A las piernas.

El mundo vaciló un momento, pero continuó su marcha.

Con las mandíbulas apretadas, el policía volvió a disparar, ahora sobre la otra pierna.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente al comprobar que Prattler continuaba avanzando con un esfuerzo infinito.

Y no se anduvo por las ramas: el revólver tronó sin interrupción hasta que el tambor quedó vacío.

Las balas se habían clavado justamente donde Barton había apuntado: en el corazón.

El «gorila» cayó tan bruscamente sobre el suelo que Barton respingó hacia atrás impresionado.

El sótano se llenó de policías en breves segundos.

—Era un verdadero demonio —susurró Barton, inclinándose sobre Prattler—. Durante tres años hemos buscado inútilmente a Prattler Nummy, para llegar a encontrarle, finalmente, en un sótano maloliente.

—¡Eh, Barton! ¿Es que no piensa soltamos? —gritó Vernom, impaciente.

—Es cierto. Desátelos, Wamp.

Vernom reconoció en Wamp al tipo de aspecto vulgar que leía un periódico, cerca de la cabina telefónica.

Se incorporó de un salto y recogió su pistola. Un segundo después frotaba suavemente los brazos de Dina Devening, que parecía a punto

de desmayarse.

—Es usted un ángel, capitán Barton. Jamás he escuchado una voz que sonase tan bien a mis oídos como la suya cuando dio el alto a Prattler. Por cierto, me tenía vigilado, ¿eh, Barton?

Barton sonrió. Estaba inclinado sobre el cuerpo de Tuckermann, o, mejor dicho, comprobando que estaba muerto.

—Gracias a ello se han salvado ustedes dos, Peters. Wamp le siguió hasta aquí y registró la casa. Una mancha de sangre en la planta baja fue suficiente para alarmarle. Telefoneó al precinto y llegamos a tiempo.

—¡Gracias a Dios, capitán...! —suspiró Dina, mientras apoyaba su cabeza sobre el hombro del agente especial—. ¡Nunca he vivido unos momentos tan llenos de terror como los de esta noche!

—Eso ya terminó, chiquilla. Ya nada tendrás que temer.

Los hombres de Barton estaban retirando los cadáveres de Garland, Dix, Tuckermann y Prattler y el pistolero despeñado en la escalera.

—Tendrán que realizar excavaciones, capitán. En una de las habitaciones del pasillo está enterrado Guss Devening. Alfred Tuckermann ordenó a Nummy su muerte.

—Tendrá que explicarme muchas cosas, Peters. Recibí un comunicado de la División de Boston, encargándome que le protegiera discretamente. Pero necesito algunos informes para abrir un expediente que me temo va a resultar excesivamente grueso.

Vernom oprimió con ternura los hombros de Dina y la empujó suavemente hacia la salida.

—Mañana, capitán. Mañana tendremos tiempo de hablar. Esta noche ha sido muy larga, excesivamente larga, como dijo Tuckermann —murmuró el agente especial.

—Querrá decir «más tarde», Peters. Son las cuatro de la madrugada. Hoy es domingo.

Dentro de su jaula, las ratas correteaban excitadísimas, lanzando chillidos espeluznantes.

Quizá porque el olor de la sangre fresca había llegado hasta ellas.

CAPÍTULO XVIII

Miss Richardson, la enfermera que cuidaba a la señora Drugger, estaba tostando el pan aquella mañana, cuando escuchó el ruido que producía un automóvil al detenerse ante la casa.

Murmurando algo acerca de las visitas intempestivas, *miss* Herta Richardson desanudó el delantal que protegía su ajustado vestido de mezclilla y atravesó el pasillo en dirección a la puerta.

Su expresión, habitualmente adusta, se animó con una sonrisa al distinguir al apuesto Vernom Peters que avanzaba en derechura hacia la puerta.

La presencia de Dina Devening, que estaba apeándose del bonito «Triumph» pintado a dos tonos, ya no le agradaba tanto.

«Era demasiado hermoso —pensó la solterona—. Un hombre tan guapo no puede permanecer largo tiempo alejado de las mujeres bonitas como la señorita Devening.

—Buenos días, *miss* Richardson. Disculpe que la moleste de nuevo.

—Oh, no se disculpe. Usted no molesta nunca, señor Peters. ¿Deseaba ver a la señora Drugger, quizá?

Vernom sonrió hechiceramente y *miss* Richardson se consideró suficiente compensada por haber tenido que apartarse de la cocina.

—No es eso, *miss* Richardson —y pensó: «En realidad ya he padecido suficientes visiones horripilantes durante los últimos días»—. Veré, observé en mi anterior visita que la señora Drugger leía un libro grueso, de pastas en piel, algo relacionado con Macchiavello, ¿recuerda?

Dina llegó en aquel momento y saludó finalmente a la enfermera, que se dirigió a Vernom, después de contestar al saludo.

—Desde luego, señor Peters. Lo recuerdo perfectamente. Por cierto, que ayer mismo lo retiré de su habitación, porque observé que la señora Drugger se excitaba muchísimo con la lectura de ese librote repugnante. No sé de dónde podría haber sacado ese mamotreto. Desde luego, no pertenecía a la biblioteca de esta casa.

—Estupendo, *miss* Richardson. Porque el libro pertenece a la señorita Devening. Ella no se atrevía a pedírselo, pero yo la he animado, diciéndole que nada le complacería más a usted que poder devolvérselo, ¿no es cierto, *miss* Richardson?

La solterona palideció intensamente, luego sus mejillas se tiñeron de un curioso tono carmesí y, finalmente, adquirieron un color verdoso

oscuro.

—Esto... Pues... es una desgracia —farfulló, atolondrada—. Por... porque... ¡he tirado ese libro a la basura!

Ahora le llegó el turno a Vernom Peters. La palidez se extendió como un relámpago en su atractivo rostro.

—¿Qué lo ha tirado a la basura? ¿Cómo... cómo se atrevió...?

La señorita Richardson no sabía dónde meter las manos, que le temblaban perceptiblemente. Masculló algo ininteligible y bajó la vista, avergonzada.

El agente especial sintió compasión de ella y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Disculpeme, *miss* Richardson. Usted no sabía... Bien, ¿se han llevado ya la basura?

—Pues... ¡no! Todavía no ha pasado el camión. Pero el libro... ¡estará inservible!

Vernom la empujó, impaciente, hacia adentro. Dina les siguió, sumamente divertida.

Miss Richardson sacó el cubo de la basura y lo mostró al agente especial. Luego sus manos buscaron entre latas vacías de conserva y mondaduras de patatas.

—Aquí está, señor Peters. Un... Un... poco mojado, es cierto. Pero... ¡se lo secaré, señor Peters! Quizá, si lo encuadernan de nuevo...

Vernom se lo quitó de las manos, una vez seco, y salió a toda prisa.

Miss Richardson les acompañó hasta la puerta, secándose las manos con un paño.

—Lo... lo siento, señor Peters. Me siento desconsolada.

Vernom se volvió hacia ella cuando ya Dina subía al coche.

—¿Por qué, *miss* Richardson? ¡Anímese, no ha ocurrido nada! ¡Estoy seguro de que el libro quedará como nuevo! ¡Adiós... muchas gracias!

La enfermera estuvo agitando el paño en curioso ademán de saludo hasta que el coche deportivo se perdió de vista.

No sabía por qué, pero el corazón le decía que aquel guapo joven no volvería jamás a llamar a su puerta.

★ ★ ★

Vernom contemplaba, desilusionado, el grueso librote, todavía húmedo.

Sus manos habían pasado las hojas una a una, con impaciencia, sin encontrar el menor rastro de algo parecido a una fórmula.

Lo había mirado, remirado, había tratado de descubrir una

anotación a lápiz, algo que pudiera parecerse a lo que buscaban.

Y sin embargo, no había conseguido nada.

Dina le veía hacer, entre divertida y preocupada.

Vernom apartó el libro de un manotazo y la miró.

—Oye, encanto. No me había fijado detenidamente en ti. Pero observo que estás más guapa que nunca. Incluso tu sonrisa es más luminosa esta mañana, Dina.

Vestía una falda *tweed* muy ceñida y un suéter de color amarillo modelaba apretadamente su busto, maravillosamente desarrollado.

—Gracias, Vernom. Ya empezaba a desesperar de que hubieses reparado en que estoy a tu lado.

—Perdona, pero este libraco me saca de quicio. Tanto correr... para nada.

Dina tomó el libro en sus manos y observó las pastas con mirada experta. La piel aparecía defectuosamente pegada en el interior.

Sirviéndose de una de sus largas uñas, la joven terminó de desprender la piel y tiró con fuerza del cartón.

Una tirita de microfilm se arrolló rápidamente, rodó sobre la cubierta y cayó en el regazo de Dina, que lo tomó en sus dedos, ofreciéndolo a Vernom.

—¡Di... diablos! —exclamó Vernom, excitado—. Creo... me parece... supongo... ¡que hemos encontrado lo que buscábamos!

Tomó el microfilm con cuidado y lo miró al trasluz. Los destalles no eran muy visibles, pero podía apreciarse claramente que la fotografía mostraba una sucesión de fórmulas algebraicas y explicaciones marginales.

Dina esperaba anhelante, cuando Vernom la tomó por la cintura y la besó hasta quedar sin aliento.

—Gracias, cariño. Solo tú podías encontrarlo. Y ahora, nos vamos. Tengo que telefonear a Boston. Una conferencia un poco larga, supongo.

—¡Interesado! —reprochó ella—. Estoy segura de que no me hubieras besado si no llegamos a encontrar esa película.

Pero Vernom había dado ya el contacto y arrancaba hacia el centro de la ciudad.

Frenó ante una cabina telefónica y saltó a tierra ágilmente. Mientras discaba el número, Vernom descubrió a aquel hombre, Wamp, que estaba leyendo el periódico.

Wamp parpadeó, asombradísimo, al ver que el agente especial le enviaba un beso con la punta de los dedos.

—¿División del FBI? Con míster John Paryat, por favor.

Efectivamente, Vernom permaneció en la cabina más de media

hora. Salió y volvió a saltar al interior del vehículo.

—Te dejaré en la próxima parada de taxis, Dina. Tengo que marchar inmediatamente a Boston. Pero volveré mañana mismo.

Condujo durante unos minutos, mientras ella le miraba fijamente, expectante. Solo se dio cuenta de que habían llegado, cuando el «Triumph» se detuvo bruscamente.

—Hasta mañana, cariño. Vuelve a casa. Ahora no debes temer a nadie.

Le obedeció como una autómatas. Vernom estaba ya acelerando para arrancar, cuando Dina logró salir de su éxtasis.

—¡Espera, Vernom! Todavía no me has dicho qué pintas tú en todo esto.

—¿Ah, no? Pertenezco al FBI, cariño. Hasta mañana. Un beso.

Ella no pudo responder nada, porque Vernom había desaparecido como un cohete.

CAPÍTULO XIX

Míster John Paryat, alias Gruñón disponía de un cómodo apartamento de soltero, situado en Atlantic Avenue.

A las nueve de la noche, Paryat se había vestido un floreado batín. Sus pies descansaban dentro de las pantuflas y un grueso habano humeaba en el cenicero de plata.

Tosió nerviosamente y se limpió los labios, mientras murmuraba:

—Diablo de gripe. Este año la he pillado con retraso.

Sobre la mesita del *living* estaba dispuesto el tablero de ajedrez, con las fichas correctamente colocadas, en espera de comenzar la partida.

Junto a la mesa, una pequeña *service-table* conteniendo ginebra, ron, coñac... También había hielo, aunque maldita la gracia que le hacía al inspector Paryat. Pero a Bill le gustaban las bebidas frías y el Gruñón se vanagloriaba de ser un buen anfitrión.

Una vez todo perfectamente dispuesto, Paryat hizo una cosa extraña: sacó un pequeño microfilm del bolsillo del batín y lo dejó, descuidadamente, sobre el cenicero de plata.

Una agradable velada en compañía de un viejo amigo, eso era lo que preparaba el inspector John Paryat, del FBI.

Consultó el reloj de pulsera, pensando que Bill se retrasaba. Pero no: como respuesta a sus pensamientos, el zumbador de la puerta se dejó oír intermitentemente.

Paryat anduvo sin prisas y accionó el tirador, mientras aquella tosecilla le obligaba a colocarse el pañuelo ante la boca.

—Hola, John, buenas noches. ¿Resfriado?

—Oh, sí, un poco, discúlpame. Estos virus de la gripe son demasiado resistentes. Pero pasa, no te quedes ahí.

William Baroyan era un caballero alto, de cabellos grises muy rizados que llevaba perfectamente sus cincuenta años.

Se quitó el sombrero y la gabardina y los dejó sobre el perchero. Luego, los dos amigos caminaron juntos hasta el *living*, que presentaba un aspecto acogedor e íntimo.

—Siéntate, Bill. He traído todo lo necesario. A mí también me sentará bien un trago. ¿Whisky, Bill?

—Sí, gracias. Con un cubito de hielo, John.

Paryat sirvió el *whisky*, vertió ginebra en otro vaso y agregó un cubito de hielo al vaso de su amigo.

Puso las bebidas sobre la mesa, dirigió una ojeada general a la

habitación, y pareció enteramente complacido.

—Bien, todo preparado. Comencemos la partida. ¿Qué fichas prefieres, Bill, viejo amigo?

Baroyan probó el *whisky* e hizo chasquear la lengua, complacido.

—Las negras.

Paryat dio la vuelta al tablero, dio una profunda chupada a su cigarrillo y dejó la ceniza sobre el cenicero, junto al microfilm.

—Bien. Tú juegas, Bill.

Se quedó mirando a su amigo, al ver que Baroyan no se movía. Porque su atención la atraía aquel trocito de película enrollada que había en el cenicero.

—Has olvidado algo en el cenicero, John —dijo. Y tomó con sus dedos el microfilm.

Paryat lo arrebató prestamente de sus manos, lanzando una brusca imprecación.

—¡Diablos...! ¿Cómo he podido olvidarlo? Esta cabeza mía...

—¿Algo importante, John?

—Figúrate. Este trocito de película tiene un valor de varios millones de dólares. No sé qué hubiera ocurrido si llego a inutilizarlo con el cigarro.

El otro parecía vivamente interesado.

—¿Tanto dinero, John? ¿No te parece exagerado?

Paryat estaba mirando el microfilm al trasluz.

—Piensa lo que quieras. Pero este trocito de película ha costado la vida a algunas personas interesadas en poseerlo. Contiene la fórmula para cultivar un virus peligrosísimo...

No siguió hablando porque su amigo estaba comportándose de una forma harto sospechosa. Su mano derecha se había hundido en el sobaco y ahora esgrimía una pistola.

Una pistola que apuntaba directamente a la frente de su amigo Paryat.

—Dame ese microfilm, John.

El tono en que había sido pronunciada aquella corta frase era cuidado y lento, levemente autoritario.

Paryat chasqueó la lengua y dejó el cigarro sobre el cenicero.

—Bien —dijo—. Tómallo.

Bill Baroyan experimentó cierta sorpresa al tomar la película entre sus dedos.

Le preocupaba el hecho de que su amigo no demostrase la más ligera vacilación.

—Lo siento, John. No es ninguna broma. Quiero este microfilm para mí. Y voy a llevármelo ahora, ¿entiendes?

Paryat tenía un gesto de desaliento en su cara cuando alargó la mano, llevándose el vaso de ginebra a los labios.

—Lástima de partida —murmuró—. Hoy estaba dispuesto a ganarte.

Bill pestañeó, desconcertado.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre, John? ¿Lamentarte por no poder terminar la partida? Desengáñate, hubiera ganado de todas formas.

Estaba levantándose de la silla, sin dejar de apuntar a Paryat, cuando se detuvo al escuchar el chasqueo reprobatorio de su amigo.

—No, John. Esta vez no ganarás. La partida es mía desde el primer momento.

—Olvidemos eso. Hay algo que me desconcierta. ¿Es que acaso esperabas que te robase este microfilm?

Paryat volvió a chupar su cigarro y le miró fijamente.

—Sí, Bill, viejo amigo. Lo sabía. Como sé otras muchas cosas acerca de ti. Que tu sueldo como colaborador en *The Chemists Gazette* no daba de sí como para disponer de varios coches lujosos, un apartamento imponente y una crecida cuenta en un Banco.

Baroyan sonrió levemente y se asombró:

—Caray, John. Te has movido aprisa. ¿Cómo sospechaste de mí?

—No quería creerlo... en principio. Pero Vernom Peters sabe trabajar y me convenció. Mecanografiaste una nota, amenazando a Peters, ¿recuerdas? Mi agente me remitió la nota, para ser analizada en los laboratorios del FBI. Aquel día habías olvidado tu máquina portátil aquí, y de repente, quizá impulsado por una intuición certera, metí una cuartilla en el carro de tu máquina. Comencé a mecanografiar el mismo texto de la nota y... ¿qué crees que advertí?

—Hay una «a» defectuosa en mi máquina, lo sé. Queda un poco más baja que el resto de las letras.

—Justo. Y además era la misma cinta y el mismo tipo de letra. Pero hubo algo más, Bill. Anoche dejé descolgado el teléfono, ¿recuerdas? mientras te acompañaba hasta la puerta. Peters tiene un oído envidiable y percibió que tu voz era lenta y parsimoniosa como la de mister «Killer», apodo que Peters te había adjudicado.

Bill Baroyan se puso lentamente en pie y guardó el microfilm en el bolsillo de la chaqueta.

—Muy ingenioso el procedimiento. Y muy hábil ese agente tuyo. Pero de nada servirá, porque voy a matarte, John, viejo amigo.

—Espera, quiero asegurarme de que mis deducciones son correctas. Te relacionabas con Alfred Tuckermann y te enteraste del descubrimiento de Guss Devening. Decidiste apoderarte de ese microfilm. Pero tú no eres ningún idealista, Bill.

—Tienes razón —Bill lanzó una corta carcajada y comenzó a retroceder—. Me aproveché del fanatismo de Tuckermann para apoderarme de esto. Ya he recibido algún dinero a cuenta, ¿sabes? El viejo nazi se encargó de lo más engorroso.

—Tuckermann ha muerto, Bill. Y todos los demás.

—Lo celebro. Me he ahorrado contratar a unos cuantos pistoleros para eliminarlos. En cuanto a ti... sabía que habías ingresado en el FBI después de la guerra. Hice algunas averiguaciones y me enteré de que te ocupabas de este asunto. Sabía que nuestra vieja amistad volvería a renacer fácilmente. Y junto a ti, traté de estar al corriente de vuestra investigación.

—Pero no lo conseguiste, Bill.

—También es cierto, John. Eres un viejo desconfiado y prudente. Cualidades que no te valdrán de nada. Porque voy a matarte, John, viejo amigo.

Retrocedía hacia el pasillo, sin dejar de apuntar a Paryat, cuando Vernom Peters abandonó la protección de la cortina y saltó sobre Bill.

Agarró con habilidad la muñeca de mister «Killer» y la golpeó duramente contra su rodilla; la pistola rebotó sobre el parquet y Vernom la apartó de una patada.

—Buenas noches, mister «Killer» —dijo Vernom, sonriente, mientras empujaba a Bill Baroyan hacia el *living*—. Le prometí que le descubriría. Y ya lo ve: ha caído en la trampa como un incauto. Disparo muy bien, señor Baroyan, de modo que evite cualquier movimiento sospechoso.

Paryat tenía un gesto de desaliento en su cara. Se acercó lentamente a Bill y le abofeteó.

—Lo siento, Bill, viejo amigo. Pero esto significa la silla eléctrica para ti.

A Vernom le sorprendió el movimiento de mister «Killer». Cuando quiso retenerlo, ya Bill Baroyan se arrojaba, frenéticamente, contra el cristal de la ventana.

El vidrio saltó en mil pedazos, un alarido espantoso rasgó las tinieblas y... John Paryat se dejó caer pesadamente sobre la silla.

—Doce pisos nos separan ahora de mister «Killer», Vernom. Bien, ¿qué espera aquí? ¡Corra abajo y traiga el microfilm!

Era el eterno Gruñón.

Diez minutos después, Vernom volvía al apartamento.

—¿Lo consiguió?

—Sí. La policía todavía no había llegado. Los mirones me habrán tomado por un ladrón de cadáveres. Pero aquí está la dichosa película.

La dejó sobre la mesa.

—Está bien, muchacho. Siéntese. Vamos a jugar una partida de ajedrez.

CAPÍTULO XX

Dina salió corriendo cuando el «Triumph» se detuvo, bruscamente, ante la escalera.

—¡Vernom, cariño...! ¿Todo fue bien?

La besó con ansia durante un minuto largo. Luego se separó de ella y comentó:

—Tan bien, que no soy capaz de creérmelo, amor mío. El Gruñón me ha concedido... ¡quince días de licencia!

—¡Maravilloso! Y, ¿en qué piensas ocuparlos?

Él la miró con expresión de incredulidad.

—¿No lo adivinas? ¡Es facilísimo! En lograr una licencia matrimonial, casarme contigo y emprender un largo viaje a Hawái, donde podamos disfrutar juntos, lejos del espionaje, de pistoleros y de... míster John Paryat.

Dina lanzó un grito de alegría y se colgó de su cuello. Volvieron a besarse como locos y durante unos minutos solo existieron ellos dos sobre la faz de la tierra.

Luego... Dina se separó bruscamente y preguntó, levemente alarmada:

—Cariño, ¿qué fue del maldito microfilm?

—Ah, eso... —murmuró Vernom—. Fue gracioso. El Gruñón tenía un aspecto extrañadísimo cuando le hice la misma pregunta, parecía malhumorado. Bueno, estornudaba a cada momento y me aseguró que el microfilm había resbalado hasta el fuego y se había quemado.

El semblante de Dina resplandeció de alegría.

—Me alegro, Vernom. Guss nunca debió realizar un descubrimiento tan peligroso.

—Algo parecido dijo el Gruñón, Dina.

—¿Qué dijo?

—Continuaba estornudando sin cesar, cuando me aseguró que estaba de virus hasta las mismas narices, ¡Figúrate, acababa de agarrar un gripazo!

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

En inglés, *prattler* significa hablador. (N. del A.).